

DOCUMENTO DE TRABAJO

Nº 3



PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA

IMÁGENES DE LOS AÑOS TREINTA
LA INVENCION DE LA DÉCADA DEL TREINTA EN EL DEBATE
POLÍTICO INTELECTUAL DE LA ARGENTINA SESENTISTA

Darío Macor

Programa de Estudios Interdisciplinarios de
Historia Social, PEIHS, CAID 93/94.
Centro de Estudios Históricos, CEDEHIS,
Facultad de Formación Docente en Ciencias,
Universidad Nacional del Litoral.
Santa Fe, Argentina, 1995.

Si bien la denominación "década del treinta" responde a un cómodo -aunque no necesariamente preciso- determinante cronológico, su invención como unidad de sentido de nuestra historia es producto del debate político/ideológico que, provocado inicialmente por el quiebre del "consenso liberal" acelerado precisamente por la gran crisis con la que se inicia la década, alcanzará su mayor densidad a partir de la caída de Perón en 1955 y hasta bien entrada la década del setenta. En ese largo recorrido, el debate político estará signado por la renovada presencia de dos fenómenos de distinto tipo pero igualmente perdurables: el agotamiento del modo de desarrollo, que había sustentado el espectacular crecimiento de la economía en la segunda mitad del siglo pasado y en las primeras décadas de éste; y la emergencia del peronismo como fenómeno político de integración-sujeción de las clases subalternas.

Sin duda pueden encontrarse diversas referencias a "los años treinta", la "crisis del treinta", etc., en los distintos ensayos con los que escritores contemporáneos a la época comenzaron a horadar el consenso liberal diagnosticando una crisis cuya profundidad ponía en cuestión "la identidad nacional". Pero fue José Luis Torres, un periodista nacionalista, quien en los años cuarenta logró, desde una maciza descalificación moral, fijar una imagen unitaria que se revelaría perdurable: *década infame*. Poco importa que, fiel a su linaje ideológico, cuando Torres ordenaba el "catálogo de la infamia" allá por 1943, dejara cuidadosamente fuera de "su" década al período uriburista, para situar entonces los comienzos del derrotero antinacional en el gobierno de Justo.¹ A partir de entonces, el políticamente eficaz calificativo cubre todo el período que separa al radicalismo del peronismo o, al menos, al que encierra los golpes militares de 1930 y 1943.

En los orígenes de la construcción de los años '30 como "un lugar" está entonces el discurso efectista del ensayo periodístico/político, que logra capturar y homogeneizar elementos hasta entonces dispersos, tematizados a lo largo de la década por escritores mejor documentados y con pretensiones menos inmediatas, en la zaga que inauguraron los hermanos Irazusta para recusar el pacto Roca-Runciman.² Los alcances de este discurso efectista, se explican por un clima de época que tan bien refleja la literatura de Mallea, como el ensayismo cultural de Martínez Estrada.

Lo que podríamos llamar *mundo académico* no participa de esta construcción prematura. Los profesionales de la Historia, de la mano de los herederos de la *Nueva Escuela* y bajo la férrea dirección de Levene, no se atrevían todavía con la segunda mitad del siglo XIX; la sociología era terreno del ensayo, mientras Gino Germani, que sería luego el padre de la construcción de la disciplina sobre un fuerte andamiaje científico en la floreciente etapa de la Universidad pos peronista, hacía sus primeros pasos en la Argentina precisamente en el Instituto de investigaciones históricas que dirigía Levene en Buenos Aires.

¹ José Luis Torres: *La década infame*, Patria, Buenos Aires, 1945; *La oligarquía maléfica (autopsia de un cadáver político)*, Buenos Aires, 1953.

² Julio y Rodolfo Irazusta: *La Argentina y el imperialismo británico*, Tor, Buenos Aires, 1934.

En ese contexto, no sorprende que en 1946 José Luis Romero considerara adecuado culminar sus *Ideas políticas en la Argentina* en 1930 con la caída del gobierno radical.³ En un breve último capítulo, Romero rastreaba en el radicalismo -en sus orígenes y en sus gobiernos- los comienzos de lo que quería ver como "la línea de la democracia popular". Esta precaución de Romero frente a la historia reciente puede tener una doble lectura: por un lado, aleja al texto de los imperativos de la hora marcando las lealtades profesionales del medievalista decidido a reflexionar ensayísticamente sobre la historia de las ideas argentinas sin renunciar por ello a su status de historiador profesional; por otro, el culminar su trabajo con el radicalismo le permitía a Romero presentar la historia argentina como un ascenso hacia la democratización, que era una manera indirecta de entrar en el debate político de esos días desde una apuesta por la confirmación de ese derrotero.

Contra lo que suponían los no muy numerosos pero sí hiperactivos intelectuales nacionalistas dispuestos a caminar bajo la sombra de un Perón heredero de la revolución del '43, y los sí más numerosos intelectuales opositores que veían en los gestos del coronel sobre todo los rasgos del fascismo, el peronismo no vino acompañado de una fuerte interpelación a las "tradiciones nacionales" desde el mundo de las ideas. Innovador y hasta disruptivo en tantos aspectos, durante su largo reinado de diez años el peronismo no promovió la "revisión" tan esperada -deseada por unos y temida por otros- de nuestro pasado. Por el contrario muchas decisiones puntuales de Perón desde la presidencia dieron una clara señal que no estaba dispuesto a modificar un panteón de héroes patrios en el que, por el contrario, deseaba incluirse como el último eslabón.⁴

Si llegó a existir una mirada peronista del pasado nacional, ella puede rastrearse en las referencias que acompañaban a los discursos políticos, o en la interpretaciones presentes en los libros de texto que promovía el ministerio de educación, antes que en la reelaboración teórica de la historia producida por un campo intelectual protegido por el nuevo Estado como soñaban los nacionalistas de 1943. La relación del peronismo con el campo intelectual fue doblemente difícil y definida de antemano por imperativos impuestos por el enfrentamiento político del que surgió como sujeto político. Por un lado, los intelectuales dispuestos a acompañar al peronismo emergente eran poco representativos en el mundo académico y carecían del reconocimiento social que brindaba una larga tradición en la universidad. Su inserción como intelectuales en el debate público se realizaba fundamentalmente desde el campo del debate político, la polémica periodística, el ensayo denunciador. Este factor de su constitución como actor no debe ignorarse para entender el sobredimensionamiento de sus expectativas con respecto al peronismo: éste podía ser el vehículo no sólo para un nuevo proyecto político de cara a la nación, sino también para otra batalla -más mezquina, si se quiere simplificar- que les permitiera redefinir las jerarquías hasta entonces

³ José Luis Romero: *Las ideas políticas en Argentina*, Tierra firme, México, 1946.

⁴ Se ha insistido en el ejemplo de los nombres con los que se bautizó a las distintas líneas de ferrocarriles cuando su nacionalización: Belgrano, Urquiza, Sarmiento, etc.

adversas de los lugares de producción del saber. Por otro lado, para el peronismo el mundo académico universitario fue siempre un lugar para el que carecía de una política alternativa; por lo tanto sólo podía promover medidas negativas que, pensadas desde un sesgo exclusivamente político, quitaran a la oposición de una tribuna importante para interpelar al régimen. Si la neutralización de un discurso opositor legitimado por la significación de la universidad era el objetivo, la mediatización de este espacio por la irrupción de la mediocridad no podía ser juzgado desde su impacto en las tradiciones del saber científico sino desde el aplastamiento de toda voz alternativa en un espacio público que se reducía, cada vez más, a la unidireccionalidad del poder político.

En esa mirada peronista del pasado los tan recientes años treinta podían ser un cómodo lugar para pronunciar los contrastes que cargaban de heroísmo fundacional al movimiento. Con un guiño a las tradiciones populistas del radicalismo, el peronismo podía enhebrar un fino hilo que unía a ambos movimientos en un enfrentamiento holístico con la omnipresente oligarquía. Así, la imagen de la oligarquía enquistada en el poder a lo largo de la década del treinta, podía facilitar la re-presentación del "régimen". La defección del radicalismo alvearista habría dejado el espacio vacante cubierto precisamente por el peronismo, que se transforma así en el heredero de la tradición antioligárquica que en su hora dio sentido al radicalismo.

Sin embargo, a pesar de lo cómodo que podía resultar para el peronismo recurrir a estas imágenes de la década para fortalecerse en la comparación y apropiarse de la tradición populista, sus diálogos más elaborados con el pasado casi siempre se establecían sobre los períodos más lejanos, de los comienzos de la historia nacional. En esa mirada peronista, la historia se presenta como una cadena de acontecimientos, desde aquéllos de las primeras décadas revolucionarias, los más internalizados en el sentido común de la sociedad como constitutivos de una historia común, hasta los actuales que el peronismo está produciendo. Luego de la gesta independentista, leída en una clave predominantemente militar, se abre en realidad un largo compás de espera cuyo punto de llegada es precisamente el enunciador Estado peronista. Así las diversas etapas de nuestra historia: el rosismo, la "organización nacional", el radicalismo y la misma década del treinta, son comparativamente apenas atendidas por un peronismo que elige congelar la historia en los orígenes para presentarse como una continuidad no parcializada de un destino manifiesto demorado.⁵

Esta operación tenía sus ventajas. Por un lado, el peronismo se resistía a entrar en un debate, de éxito político nada seguro, sobre el rosismo y el período de la organización nacional, con el que el revisionismo quería dar la gran batalla con la historiografía tradicional. Por otro, si bien el peronismo podía recostarse en esa tradición populista que lo presentaba como una continuación del yrigoyenismo, el éxito de esta operación estaba comprometido por la sobrevivencia del radicalismo como fuerza política opositora. En otra clave, el diálogo con el

⁵ Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1994.

pasado remoto, le permitía evitar la revisión del largo período de constitución de la clase obrera en la Argentina, y presentar el fuerte contenido obrero del movimiento sin contexto de referencia con las tradiciones de lucha de los sectores subalternos. Los contenidos sociales del movimiento son remontados entonces a las montoneras de la primera mitad del siglo pasado, antes que a las luchas de los asalariados urbanos y rurales bajo las que se constituyeron las tradiciones anarquistas, socialistas y sindicalistas. Vaciado de todo condicionante social moderno, el pasado no podía ofrecer alternativa alguna al derrotero peronista, y si no lograba quebrar la fuerte identificación obrerista del movimiento, al menos no reforzaba los dispositivos de la lucha de clases en la que el peronismo había quedado atrapado desde las jornadas decisivas de octubre del 45.

UN NUEVO CLIMA DE IDEAS

Al margen del Estado peronista fue donde comenzó a agigantarse la pregunta por el pasado más reciente. Y si algo explica esta urgencia es precisamente el peronismo. Es decir, la búsqueda de una respuesta al por qué el peronismo como punto de llegada, es lo que lleva al grueso de los intelectuales de la oposición, marginados por la política universitaria oficial, a repensar el pasado reciente para tratar de entender la "anomalía" de ese presente.

Si, como se ha intentado, quisieran trazarse los rasgos más sustantivos de la cultura argentina de los años cincuenta, difícilmente puedan eludirse empresas editoriales, como *Sur* y *Contorno*, en lo político cultural, e *Imago Mundi* en lo específicamente académico; tan diferentes como emparentadas por la ajenidad con el cada vez más burocrático Estado peronista de los últimos años. Tan diferentes entre sí, estas publicaciones son paradigmáticas en tanto lugares alternativos a la oscuridad cultural del peronismo; y en la clave que aquí privilegiamos, *Contorno* e *Imago Mundi* prenuncian, en los años finales del peronismo, los rumbos del campo cultural en los años sesenta.⁶

De la mano de Victoria Ocampo, *Sur* mantuvo casi sin competencias su bien ganado lugar en el pensamiento liberal del campo cultural argentino. En los tramos finales del gobierno peronista (1953), la aparición de la revista *Contorno* dirigida por Ismael Viñas, abrió un nuevo espacio en el común campo antiperonista. La caída del peronismo hará desaparecer el más fuerte factor unitario de este campo cultural y *Contorno* definirá su lugar desde la contestación tanto a las tradiciones de la izquierda tradicional, del comunismo y el trotskismo, como a la del liberalismo que representaba

⁶ Con "años sesenta" nos referimos a una situación de época cuyos inicios pueden remontarse a 1955 con la caída del peronismo, mientras que su declinio coincide con el convulsionado período de retorno del peronismo al poder en 1973, que cierra trágicamente el golpe militar de 1976. Cf. Oscar Terán: *Nuestros años sesentas*, Puntosur, Buenos Aires, 1991; Silvia Sigal: *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires, 1991.

Sur.⁷ El caso de *Contorno* es más importante para nuestro tema, en tanto vehículo de una revisión cultural contestataria que desde el patrón sartreano interpela la tradición marxista tradicional, enfrentándose a la vez a los contenidos de *Sur*, en un registro que define todo un campo desde donde hablarán los intelectuales sesentistas.

Sin Sartre es imposible comprender a *Contorno*. Desde Sartre, en un proceso de diferenciación de la "conformista" izquierda marxista argentina, *Contorno* construirá un nuevo lugar para la política contestataria, que pone el acento en la necesidad de asumir la propia e inevitable libertad. Desde este nuevo lugar de interpelación a la sociedad, se "practicará posteriormente un acercamiento a las concepciones marxistas, pero no debe perderse de vista que esa aproximación se efectivizará siguiendo las huellas y el propio itinerario sartreanos. Cuando ese movimiento se consume, podrá afirmarse que existió en la Argentina un conjunto de intelectuales que desembocaron en el marxismo a partir de la adhesión al existencialismo."⁸

Si *Contorno* marca, en más de un sentido, un conjunto de significados de los años sesenta, en sus páginas también encontramos una presentación de los años treinta que se volverá casi de sentido común. Es precisamente Ismael Viñas quien, en un número doble de la revista de 1959, pone todos los puntos predominantes de esa imagen destinada al éxito:

*Los años duros del 30: la clase media lloraba sus ilusiones frustradas; no se había realizado ni el sueño radical ni el sueño liberal de la Alianza socialista-demócrata progresista; la clase media no era capaz de conquistar realmente el poder. Las clases altas exhibían su cinismo: el vicepresidente de la República, el hijo del conquistador del desierto, iba a mendigar a Londres; los pistoleros hacían política; los descendientes de los próceres intervenían en negociados. Fraude: los radicales bramaban de rabia y de impotencia, pero también ellos participaban en negociados y en convenios. Años duros: en Puerto Nuevo se apretaban los ranchos de lata y cartones, y la gente iba a verlos como quien hace una visita a un planeta extraño. Se cantaba Yira-yira y ¿Dónde hay un mango viejo Gómez? La juventud dorada de los dorados y grasos años alvearistas abandonaba los fuegos artificiales, el gauchismo de Güiraldes y los chistes en verso, y se ponía metafísica: Martínez Estrada gemía sobre el hundimiento del mundo, Mallea enumeraba las lacras de su mundo, Marechal se convertía al catolicismo. Los hombres de Boedo insistían en su literatura de protesta, de descripción del mundo de los oprimidos. Arlt proponía levantar cadenas de prostíbulos para pagar la revolución. Pero en esos mismos momentos se multiplicaban las fábricas, y los peones rurales comenzaban a abandonar sus pagos tristes y miserables para enrolarse como proletarios industriales.*⁹

Gracias a la riqueza de su pluma, la mirada de Viñas capta los recursos argumentales centrales de un pensamiento de época al que, como veremos, no escapan los textos más específicamente historiográficos. Imagen fuertemente sesgada, en la que los treinta aparecen como una especie de oscura edad media que desde el fraude, el cinismo de los gobernantes y la

⁷ Mientras el peronismo funcionó como factor unitario, el apego a la tradición liberal no fue óbice para que *Sur* diera cabida, en la pluma de su joven rebelde Juan José Sebreli, al existencialismo sartreano y su problemática del compromiso, anunciando lo que *Contorno* transformaría luego en programa.

⁸ Oscar Terán: "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", en: *En Busca de la ideología argentina*, Catálogos Buenos Aires, 1986, pág. 204.

⁹ *Contorno*, N° 9-10, Buenos Aires, 1959.

traición a las más preciadas tradiciones nacionales, separan dos claros aunque diferentes períodos: el radical de la frustrada república de las clases medias, y el peronista que Viñas quiere ver ya prefigurado en la transformación social y cultural de esos peones rurales devenidos en obreros industriales.

DESDE EL UNIVERSO ACADÉMICO

El caso de *Imago Mundi* pertenece a un registro diferente. Se trata de una revista específicamente académica que, bajo la severa dirección de José Luis Romero, va construyendo lo que se ha llamado una "Universidad de las sombras", una Universidad alternativa frente a la pobre institución universitaria del peronismo. Si nada hay en la Universidad peronista, y los historiadores tradicionales se mantienen ajenos a las mejores novedades que renuevan la disciplina en el mundo, *Imago* elige el ámbito internacional para buscar sus interlocutores y sus fuentes de legitimidad, para construir un campo profesional definido desde el más riguroso respeto del oficio. En esta actitud de la revista aparece *in nuce* un elemento de fuerte presencia en la Universidad posperonista: la definición del campo profesional desde cánones específicos de la disciplina, con fuentes de legitimidad y reconocimiento de fronteras adentro.¹⁰ Más allá de la seguramente insignificante influencia que la revista pueda haber alcanzado en un público no especializado, su importancia se agiganta por la fuerte presencia institucional de sus miembros en la Universidad de Buenos Aires pos 55 cuyo primer rector es, precisamente, el director de *Imago Mundi*, José Luis Romero, que asumirá luego de su breve paso por rectorado el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de esa Universidad.

José Luis Romero interviene en el campo intelectual desde una legitimidad ganada por su actividad como historiador profesional, pero también como uno de los herederos más representativos de la tradición del socialismo argentino. *Las ideas políticas en Argentina*, se edita por primera vez en 1946 y se reeditará varias veces en la época pos peronista. En esas reediciones Romero avanza en algunas correcciones y adelanta su obra temporalmente a medida que el paso del tiempo se lo permite. Incluso puede afirmarse con comodidad que *El desarrollo de*

¹⁰ Pierre Bourdieu: "Campo intelectual y proyecto creador", en J. Pouillon et al. *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967; y *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios ediciones, 1983. Para el análisis de la teoría de los campos de Bourdieu en el caso argentino es muy importante el trabajo de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo: *Ensayos Argentinos de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ceal, 1983, aunque su sesgo sobre lo literario pueda alejarlo de nuestra temática. Con respecto al clima intelectual de los años sesenta remitimos a dos valiosos trabajos ya citados: Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, op. cit.; y Silvia Sigal, *Intelectuales y poder.....*, op. cit.; esta última obra, sobre todo, para introducirse en las dificultades en la utilización de la noción de campo intelectual o cultural en la Argentina de los sesenta. Una excelente panorama de la década a partir de un cruzamiento de variables ricas en significación, en el reciente libro de Luis Alberto Romero: *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

las ideas en la sociedad Argentina del siglo XX,¹¹ que se publica en 1965, es resultado de la reelaboración de su primer obra y de las interpelaciones que recibe del momento histórico. Estas interpelaciones se perciben también, en las presentaciones que Romero dedica a las diferentes ediciones donde considera necesario aclarar su lugar de enunciación tanto desde lo político como desde lo científico.

*En la encrucijada del presente, fuera ingenuo intentar una respuesta a la grave cuestión de cuáles de estas fuerzas prevalecerán en las próximas etapas de nuestra vida política y cuáles marcarán con su sello el proceso de ordenación social e institucional en que nos hallamos. Hombre de partido, el autor quiere, sin embargo, expresar sus propias convicciones, asentadas en un examen del que cree inferir que sólo la democracia socialista puede ofrecer una positiva solución a la disyuntiva entre demagogia y autocracia; esta disyuntiva parece ser el triste sino de nuestra inequívoca vocación democrática, traicionada cada vez que parecía al borde de su logro. Pero el autor teme que esta afirmación incite a algunos a sospechar de su objetividad y repite que no le otorga otro valor que el de una opinión. Si la confía a este epílogo, es para cumplir con lo que considera un deber de conciencia. El historiador tiene una deuda con la vida presente que sólo puede pagar con la moneda de su verdad, moneda en la que, a veces, funde un poco de su pasión; pero la historia sólo apasiona a quien apasiona la vida, y el autor cree que, en este punto de su examen, le es ya lícito confesar su pasión, siquiera sea para que el lector pueda confiar en que procuró acallarla hasta este instante y, acaso, para ofrecerle la clave de lo que en este examen pueda ser su involuntario y apasionado error.*¹²

Hemos hablado ya que en la primera edición de 1946 de *Las ideas políticas...* Romero ordena el pasado hasta 1930 haciendo coincidir el final del derrotero nacional con la "línea de la democracia popular". La estructura de la obra en tres partes, no se modificará en las ediciones sucesivas a pesar de los agregados. Tres partes, para Romero tan claramente diferenciadas, que justifica recurrir a la denominación de eras: la era colonial, la era criolla y la era aluvial.

A pesar de este punto de llegada en 1930, las dramáticas circunstancias de la vida política argentina en 1946 sitúan a Romero frente a la exigencia de establecer un diálogo entre el texto que entrega a sus lectores y las encrucijadas en las que se debate la Argentina. Utiliza para esto un breve y bellísimo epílogo: "Sobre los interrogantes del ciclo inconcluso". Es en este epílogo, donde Romero desnuda su pasión, a la que hacíamos referencia, a manera de disculpas por las jugarretas que el político que había en él podía jugarle al historiador. Frente a esta exigencia, las prevenciones del historiador son tan fuertes como la necesidad del hombre político.

Nada más ingenuo que intentar la predicción acerca de un proceso cuyas características son, precisamente, la originalidad y la inestabilidad; pero puede no ser ingenuo y ser, además, aleccionador, el intentar, con la más serena objetividad de que se sea capaz, un

¹¹ José Luis Romero: *El desarrollo de las ideas en la sociedad Argentina del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

¹² José Luis Romero: *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1975, pág. 297. Tomamos de esta edición, todas las citas de esta obra de Romero.

*examen de cuáles son los interrogantes que plantea el ciclo inconcluso a quienes se conmueven por su destino.*¹³

En esas breves páginas Romero bosqueja su mirada sobre los significados de los años '30 que desarrollará luego en la segunda edición de 1956. Por un lado, 1930 no significa un quiebre que justifique inaugurar una nueva era, sino que la Argentina aluvial, construida desde la segunda mitad del siglo XIX, se prolonga más allá de esa frontera como un ciclo inconcluso en el que distintas líneas político-ideológicas compiten por definir el sentido del devenir.

*Las vicisitudes que ha sufrido la vida política argentina desde 1930 prueban que el ciclo histórico que en este libro se designa con el nombre de era aluvial se mantiene abierto, y que es difícil -o acaso imposible- determinar objetivamente y sin que influyan las preferencias personales la posible evolución futura. Ni el proceso social con que se inauguró, poco después de 1852, ni el proceso político en que se manifestó, a partir de 1880, la grave mutación interna, han recorrido todavía sus últimas etapas; y a estas horas las sucesivas sorpresas que depara a los argentinos el curso de su existencia política advierten al observador que deberán sufrirse mucho y muy variadas experiencias antes de que canalice dentro de un cauce regular el impulso social y político de la segunda Argentina, de la Argentina aluvial.*¹⁴

Por otro lado, en los hechos políticos de la década del treinta, Romero percibe, ya en 1946, los datos que en la edición de 1956 le permitirán construir una nueva línea, enfrentada a la de la democracia popular y a la del liberalismo conservador, con las que ordenaba el período 1880-1930.

*En el período que transcurre entre 1880 y 1930 han luchado y se han impuesto sucesivamente dos tendencias políticas que se enraizaban en la tradición histórica argentina; las dos han procurado -a su modo- realizar sus ideales y las dos, al cristalizar en realidades, han colmado de desilusión a las masas populares, que se han tornado escépticas y han visto declinar el potencial de su espíritu ciudadano. Así se llegó, en las postrimerías del período radical, a la crisis con que terminaba nuestro examen; pero a partir de ese momento se advierte con sorpresa que el planteo del problema político no corresponde ya al mero juego de las fuerzas tradicionales en conflicto. El panorama mundial se ha estrechado considerablemente y las influencias extrañas han comenzado a sentirse más próximas cada vez; sobre las tendencias políticas tradicionales han comenzado a obrar las ideologías que germinaron en Europa después de la primera guerra mundial, y las distintas doctrinas totalitarias han teñido con sus colores densos el pensamiento político de los diversos grupos. Así, al tiempo que algunos sectores conservadores, antaño liberales, evolucionaron hacia un "nacionalismo" aristocrático y fascista, ciertos núcleos populares, antaño democráticos, no ocultaron sus simpatías hacia algunos de los principios de la demagogia totalitaria, en la que parecía retoñar el viejo autoritarismo criollo.*¹⁵

En esas páginas de 1946 están las ideas centrales de lo que se formulará luego, más acabadamente, a la caída del peronismo. Precisamente, para el Romero del '56, la preocupación

¹³ Ídem, pág. 295.

¹⁴ Íbidem.

¹⁵ Ídem, pág. 296.

central, compartida con el grueso del campo intelectual, es la de encontrar una respuesta que permita explicar racionalmente el fenómeno peronista. Inmerso en el clima de época, Romero resuelve una primera respuesta de aproximación al problema, precisando una nueva línea de desarrollo de las ideas políticas, que se inaugura en 1930 para alcanzar su madurez con el peronismo.

Tras la revolución de 1930 se dibujó con trazo firme en la vida política y social de Argentina la línea del fascismo. Quizás incierta a veces, cobró por instantes tonos enérgicos y definidos; hasta que un día, lleno de meandros su trazado, diluido su color por las diversas influencias en juego, e imprecisa su finalidad por la fuerza de los encontrados intereses, logró sobreponerse a todas las otras corrientes de opinión y prevalecer por un tiempo hasta desvanecerse por el peso de su propia ignominia.¹⁶

En esta línea de análisis en la que la preocupación central está determinada por entender el fenómeno peronista, la década del treinta aparece como un laboratorio de transición en el que fundamentalmente se rastrean los elementos contribuyentes a la línea del fascismo que terminará por imponerse luego de la revolución del '43. A Romero le interesa, entonces, detenerse en Uriburu e Ibarguren para captar los primeros tonos del fascismo en Argentina, un fascismo "aristocratizante".

A los pocos años del advenimiento de Mussolini surgía así un remedo completo del fascismo en Argentina, pero un remedo hecho por aficionados, que no tenían contacto con la masa y que parecían tender a lo que pudiera llamarse fascismo ilustrado.¹⁷

Como puede verse con claridad, no es ajena a Romero la percepción de la importancia de la politización de las masas en el movimiento fascista. Si en Uriburu e Ibarguren pueden encontrarse los elementos políticos y teóricos que dan entidad al "fascismo criollo"; si en el Fresco, gobernador de la provincia de Buenos Aires en la segunda mitad de la década del treinta, se encuentra ya no sólo una respuesta a la problemática del Estado sino también a la del control de los sectores populares; el peronismo con la movilización de masas y su política plebiscitaria cierra un círculo, que permite englobar 1930-1955: "el ciclo de los veinticinco años amargos", el ciclo *del fascismo argentino*.

Esta dilución de la especificidad de los años treinta frente a la atrapante fuerza de explicar al peronismo, es un fenómeno de época que atraviesa al mundo académico en su conjunto, y como veremos más adelante a todo el campo político-cultural.

Junto a Romero, una de las personalidades más notables en la construcción del campo intelectual a partir de la consolidación de las ciencias sociales en la universidad, es la de Gino Germani. En los años del ingenuo optimismo posperonista, Germani comenzó a levantar en la

¹⁶ Ídem, pág. 227.

¹⁷ Ídem, pág. 231.

Universidad de Buenos Aires el edificio de la sociología científica, con la organización de la carrera en la que se formarían los principales cuadros de la disciplina. En pocos años Germani y sus discípulos -algunos de ellos discutiendo al propio Germani con sus mismas armas- lograrán imponer en el debate público temas y modos de tratamiento que alejaban al discurso sociológico del ensayismo denunciador que lo había caracterizado hasta entonces en el país y lo acercaban a los cánones teórico-metodológicos internacionales.

Precisamente 1955 es la fecha de publicación de *Estructura social de la Argentina*, y en 1962 publica su obra seguramente más leída por un público menos profesional: *Política y sociedad en una época de transición*.¹⁸ En el relato del pasado argentino que Germani va elaborando en el conjunto de su obra, 1930 se presenta como un verdadero parteaguas del proceso histórico. Cerraba un período inaugurado a finales del siglo XIX por la inmigración masiva, e inauguraba otro caracterizado por las migraciones internas del campo a la ciudad y que llegaba hasta el ascenso del peronismo. En la primera etapa, la enorme masa de inmigrantes europeos habían participado de un proceso de *integración y nacionalización*. En la etapa que se inicia en 1930 y culmina en 1943/46, el proceso se presenta bien diferente. La ajenidad del migrante interno, que se incorporaba sin integrarse a la ciudad, no se explicaba por su origen extranjero, sino por su pertenencia a esa *otra* Argentina rural y tradicional que había resistido el impacto de la modernización que cambió sí la región litoral y especialmente sus grandes centros urbanos. "El rápido crecimiento industrial había sido acompañado por una masificación de las migraciones del campo a las grandes ciudades. La rapidez y la profundidad de los cambios provocaron una insuficiencia o una falta de integración de los nuevos grupos. Esa había sido la base para la realización de una de las posibilidades negativas abiertas por el desarrollo: la experiencia totalitaria, el régimen peronista.....En efecto la sociología científica describía al peronismo como el resultado de una asincronía: migrantes rurales llegaron a las ciudades, se integraron débilmente a su nuevo medio social y comenzaron a proletarizarse; se integraron económicamente pero no lograron integrarse políticamente. La crisis de identidad y de valores -y la ausencia de reconocimientos por parte del medio social receptor- los colocó en una situación de disponibilidad, propicia para la emergencia de un líder autoritario".¹⁹

Tras esta preocupación por explicar el peronismo, Germani elabora cuadros analíticos de la transformación social que encierran los años treinta que, más allá de sus interpretaciones, son aún hoy una fuente de consulta obligada. La falta de integración de los nuevos grupos, es una clave de lectura que se volverá predominante para el análisis del fenómeno peronista, aun en interpretaciones políticamente antagónicas con la de Germani. Para las interpretaciones

¹⁸ Gino Germani: *Estructura social de la Argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1955; y *Política y sociedad en una época de transición (de la sociedad tradicional a la sociedad moderna)*, Paidós, Buenos Aires, 1962.

¹⁹ Federico Neiburg: "Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo", en *Desarrollo Económico*, Ides, N° 136, Buenos Aires, enero/marzo, 1995, págs. 542-543.

elaboradas desde los cánones de la sociología científica y desde el campo político opositor al peronismo, la falta de integración revelaba un problema negativo que ayudaba a explicar la anomalía de la existencia del peronismo y su segura pronta desaparición. El mismo "dato" será tomado desde el campo peronista, pero invirtiendo su valoración y presentándolo como un proceso de nacionalización del movimiento obrero y los sectores populares, que rechazan las tradiciones del liberalismo y la izquierda hasta entonces predominantes.

Desde este mismo campo académico, Alberto Ciria, un muy joven discípulo de José Luis Romero, publica en 1963 su libro *Partidos y poder en la Argentina moderna*.²⁰ Si a pesar de los años transcurridos desde entonces, la obra de Ciria sigue siendo hoy fuente de consulta para los estudiantes universitarios, es sobre todo porque se trata de una de las pocas obras que enfocan la década del treinta como un objeto histórico unitario, aunque sin escapar del todo a esa tendencia predominante de subordinar los acontecimientos al peronismo como resultado.

En nuestra línea de análisis, son destacables en la obra de Ciria al menos dos cuestiones de orden diverso. Una de ellas es la evidencia de las dificultades para eludir, a pesar de lo que Ciria manifiesta en el prólogo, el denunciado apasionado, el enjuiciamiento, cuando se tratan los temas más específicos de la década. Sin embargo, Ciria es más fiel a su propósito académico en su aproximación a los orígenes del peronismo, donde logra sí superar esas estrechas visiones que caracterizaron las primeras versiones sobre el fenómeno demostrando que los años que median entre la caída de Perón y 1963 han sido suficientes para generar un espacio diferente para pensar el peronismo, aun cuando todavía no se han revisado los presupuestos germanianos.

La otra cuestión que quisiéramos destacar es la forma en que Ciria ordena los materiales de su obra, que aunque por momentos parece no escapar a una visión de la historia tradicional, refleja bastante bien la diversidad de nuevos enfoques en la elección temática. Así, de una primera parte en la que los hechos políticos son ordenados a partir de las personalidades y de la cronología (Uriburu, Justo, Ortiz, Castillo, Perón), Ciria pasa a la segunda y más voluminosa parte de su obra en la que, fiel a los avances que la disciplina histórica está viviendo en la Argentina, trata de reconstituir las claves más complejas del proceso histórico, desde una miríada de actores colectivos (partidos políticos, fuerzas políticas, iglesia, fuerzas armadas, grupos económicos, movimiento obrero).

El tema, al que Ciria se esfuerza por tratar históricamente, es a la vez para el mismo autor de candente actualidad, y le demanda dos partes especiales en la obra, que remiten a la zaga de su maestro-director José Luis Romero: una "advertencia" inicial y un último capítulo ("Del pasado al presente"). Ambas partes inscriben el trabajo en la problemática contemporánea, e incluso -como

²⁰ Alberto Ciria: *Partidos y poder en la Argentina moderna, 1930-1946*, 1º edición 1963. Aquí utilizamos la edición de Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.

Romero- en las dudas del intelectual que enfrenta un pasado reciente dispuesto a no sacrificar el rigor de la disciplina histórica.

*Nuestra intención fue avivada por entender que gran parte de la reciente historia política y social del país está siendo escrita bajo el signo de la bandería o del apasionamiento. Tampoco pretendemos una esquiiva objetividad en la recopilación que presentamos: teníamos veinte años cuando cayó Perón, nos ilusionó brevemente la Revolución Libertadora, nos volcamos al movimiento reformista universitario, y empezamos hace poco nuestro camino de regreso desde posiciones de la izquierda abstracta y liberal, sin dejarnos seducir en el trayecto por las diversas formas de populismo 'nacional' a ultranza. En esto estamos, **tropezando a cada rato con nuestro pasado**, pero queriendo ver cada vez más claro el presente y el futuro. De ahí que empecemos a analizar el peronismo sin atarnos a esquemas preconcebidos, y que nuestra crítica se refuerce cuando enfocamos la actitud de las fuerzas que debieron ser motores del proceso. Sólo se critica con violencia lo que se quiere, y porque se lo quiere. Hemos abandonado el adjetivo por la explicación, el panfleto por la comprensión. Al menos, intentamos hacerlo. El lector sabrá así a qué atenerse, si se decide a emprender el recorrido de los capítulos que siguen.²¹*

Dos años después de la obra de su discípulo, José Luis Romero publica *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*.²² Si en muchos sentidos, la nueva obra no innova demasiado con respecto a la anterior, es en el examen del período que nos interesa, que en *Las ideas políticas*..... había sido englobado bajo "La línea del fascismo", donde podemos encontrar interesantes modificaciones que ya se insinuaban en el tratamiento dado por Ciria al tema. Los diez años transcurridos desde la caída del Perón, han modificado los registros de análisis y las claves de lectura del fenómeno peronista y, con él, de la década del treinta.

En la nueva obra, "la línea del fascismo", cede su lugar a una denominación más ambigua: "la irrupción del cambio". El nuevo título puede explicarse por el diferente ordenamiento general del libro, y por un criterio de análisis mucho más amplio del período que el utilizado en la obra anterior en la que privilegiaba una lectura político-ideológica. Pero puede explicarse también, por el abandono de la categorización como fascismo, tanto del peronismo como de los antecedentes de la década del treinta que destacaba en su primer obra. Los datos de la historia política a los que Romero recurre son prácticamente los mismos, lo que ha cambiado ahora es la categorización del fenómeno, sin que por eso pueda notarse mayor complacencia del autor con su objeto. No se trata entonces de un cambio de humor político de nuestro autor, sino más bien de una muestra de lealtad al discurso académico, que ha mudado a la par del discurso político y que comienza a desprenderse de categorías y adjetivaciones, aceptables en el clima de 1955, pero difícil de sostener diez años después frente a los imperativos teóricos de las ciencias sociales.

El peronismo es ahora una "dictadura de masas", y las mismas fuentes que habían contribuido a bosquejar la "línea del fascismo" en la década del treinta, permiten esta vez un

²¹ Ídem, pág 12. Yo subrayo.

²² José Luis Romero: *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, op. cit. Utilizamos aquí la edición de Solar, Buenos Aires, 1983.

análisis más fino, seguramente menos eficaz políticamente, pero que le permite al autor detectar mejor los aspectos más relevantes de la década. El fascismo, aun cuando siempre una u otra referencia nos lo recuerdan, deja paso ahora al corporativismo de Uriburu y a un nacionalismo de múltiples rostros. FORJA, y sobre todo Scalabrini Ortiz que en la obra anterior se emparentaba rápidamente con el fascismo, encuentran ahora un sitio más cómodo. El mismo Ibaguren del "Estatuto del Estado nacionalista", permite precisar la crítica de este nacionalismo al Estado liberal, sin dejar de ser asociado por Romero con los cambios "que las fuerzas de la derecha hacían en Europa por entonces y con la que justificaban los ensayos autoritarios en diversos países"; pero Romero destaca ahora mucho más la nueva concepción del Estado que está presente en los diferentes nacionalismo en la década del treinta y el peronismo, y si sigue pensando en términos de fascismo se resiste a darle la entidad que tenía en *Las Ideas políticas* y se conforma con volver a reproducir el discurso de Alfredo Palacios [de 1930 y en respuesta a Ibaguren], que no está obligado a estas prevenciones: "Después, dentro de la normalidad, vendrán las reformas a la Constitución, que no es, por cierto, intangible. Pero, entiéndase bien, dentro de la normalidad, para que no aparezcan las imitaciones fascistas.....".²³

No dejemos de señalar, para percibir con más claridad el cambio de época a través de Romero, que nuestro autor utiliza para el caso al Palacios de 1930, que se enfrenta con el proyecto uriburista, y no a discursos similares pronunciados por el dirigente socialista para recusar al peronismo. La primera versión de *Las ideas políticas*, que reconoce status propio al "fascismo criollo", ha cedido lugar a una imagen más matizada en las que los rodeos nos conducen siempre a las puertas de ese fascismo vernáculo, pero de un fascismo que -visto desde 1965- no termina de decir su nombre.

Este nuevo clima de ideas, que la obra de Ciria y la última de Romero insinúan, alcanzará su plenitud a fines de los años sesenta y principios de los setenta con una obra producida desde este campo académico y que tendrá un impacto que supera las fronteras de su ámbito de producción repercutiendo en el conmocionado clima político de esos años. Sus autores, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, reúnen una doble condición que ayuda a explicar la repercusión del trabajo. Por un lado se trata de destacados discípulos de la Escuela de Sociología de Germani, que utilizan el rico bagaje teórico metodológico allí aprendido; por otro, su relación con el mundo de la política no es menos comprometida. En esto último, el caso de Portantiero es tal vez el más claro. Joven brillante del Partido Comunista de los últimos años de la década del cincuenta, es una de las figuras que en los sesenta lideran la ruptura con la ortodoxia desde una trinchera construida por él mismo y sus compañeros de *Pasado y Presente* bajo el paradigma gramsciano.

Estudios sobre los orígenes del peronismo es editado por primera vez como libro en 1971. Se reunían allí dos trabajos producidos en los años sesenta y nueve y setenta, y que habían tenido

²³ Ídem, pág. 166.

una circulación interna al mundo intelectual como documentos de trabajos del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella: "Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina, 1930-1940" y "El movimiento obrero en los orígenes del peronismo".²⁴

En "Crecimiento industrial y alianza de clases", Murmis y Portantiero reubican la problemática de la década del treinta cargando de jerarquía al período. El desarrollo industrial por sustitución de importaciones es observado aquí no desde una óptica económica o desde sus consecuencias demográficas. Lo que realmente está en juego en la década del treinta con el cambio en el modo de desarrollo, es la constitución del bloque de poder y la capacidad o no de este bloque para establecer una hegemonía efectiva sobre el conjunto de la sociedad. En esta indagación los autores establecen una agenda temática sobre los treinta que aún hoy sigue pautando el trabajo de los investigadores abocados al período.

El supuesto de nivel más general es que todo nivel de industrialización por sustitución de importaciones o de "industrialización sin revolución industrial", como el que se dio en la Argentina, del mismo modo que plantea características diferentes a la de los modelos clásicos en la estructura económica, promueve también alternativas particulares en la dimensión socio-política, sea en el tipo de estratificación, en los reagrupamientos y alianzas de las clases propietarias, en la forma de movilización de las clases no propietarias, en el papel del Estado y de los grupos políticos, etc. Afirmar, por lo tanto, que el período abierto en 1930 representa una primera respuesta a ese proceso puede tener consecuencias tanto para el análisis específico de la situación argentina, cuanto para la aplicación de modelos teóricos para el análisis de los procesos sociales durante el crecimiento industrial.²⁵

Párrafo más que suficiente, el citado, para evidenciar los cambios en las preocupaciones y en el mismo discurso con respecto de los primeros textos que utilizamos. También para presentar a sus autores como los más fieles continuadores de la renovación académica, aun cuando esta fidelidad teórica los conduzca a la discusión de las teorías producidas por sus maestros.

Esto último se hace más notable en el segundo trabajo, "El movimiento obrero en los orígenes del peronismo", donde por primera vez la tesis de Germani es puesta en cuestión en sus nudos centrales con recursos argumentales y metodológicos que el mismo Germani no podía sino respetar. Si en la tesis de Germani, la coincidencia del movimiento obrero y Perón en la constitución del peronismo se explicaba como el efecto de una división en la clase obrera entre viejos y nuevos trabajadores, más dispuestos estos últimos a aceptar una dirección heterónoma por su falta de tradición política y su escasa integración en la sociedad moderna; Murmis y Portantiero destacan más bien la unidad de la clase obrera en la constitución del peronismo y la "racionalidad" del acercamiento a Perón.

²⁴ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

²⁵ Ídem, págs. 3-4.

Aquí también, como en el trabajo anterior, el texto se transformará en punto de partida para investigaciones posteriores y el rico debate sobre la cuestión obrera en los orígenes del peronismo. La mayor parte de las investigaciones recientes sobre movimiento obrero en la década del treinta e incluso en las décadas previas tienen en este trabajo un reconocido punto de partida.

Un caso singular en el mundo académico es de Aldo Ferrer. No se trata de un autor que esté en la discusión sobre el treinta y los orígenes del peronismo que se suscita a lo largo de los sesenta, sino de un economista que escribe desde su disciplina una historia económica de la Argentina con la que da su aporte a la temática: *La economía Argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*.²⁶ Por otra parte, Ferrer ha sido funcionario del gobierno de Oscar Alende (1958-62), en la provincia de Buenos Aires -y a comienzos de los setenta será ministro de economía de la nación en el gobierno de Levingston-, por lo que el conocimiento de su figura pública le da al libro una notoriedad externa al texto, que contribuye al éxito editorial.

En la primera edición de 1962, la cuarta parte de la obra que se inicia precisamente en 1930, lleva el nombre de "Economía industrial no integrada". En la octava edición de 1973, Ferrer actualiza su libro y a tono con el clima de época pone el acento en el problema de la dependencia. El problema de la no integración industrial de 1962 cede su lugar ahora a un título mucho más preciso para la batalla política que Ferrer está llevando en ese momento: "La economía semi-industrial dependiente".

Las múltiples ediciones de la obra de Ferrer hablan de la repercusión de su texto no sólo en el ambiente académico sino en un público interesado por encontrar una visión unitaria ordenadora del pasado argentino desde la dinámica económica. El comentario que Oscar Cornblit y Ezequiel Gallo le dedican al libro en la revista *Desarrollo Económico* señala la reacción frente a la obra de los que han hecho del pasado su profesión.²⁷ Puede encontrarse en ese comentario una excelente crítica, que apunta no sólo a la obra analizada en este caso, sino más en general a las modelizaciones del pasado a las que el discurso económico es tan propenso, y a los peligros de subordinar toda la dinámica histórica a los "datos" económicos.²⁸ Es que la teoría del desarrollo y

²⁶ Aldo Ferrer: *La economía Argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963. Seguimos aquí la edición del Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1981 – décimo quinta edición de la obra-.

²⁷ "El desarrollo argentino y sus etapas", Nota bibliográfica sobre el libro de Aldo Ferrer, de Oscar Cornblit y Ezequiel Gallo, en: *Desarrollo Económico*, vol. 3, Nº 1-2, Ides, Buenos Aires, abril/septiembre, 1963.

²⁸ "Intentar describir la historia del desarrollo de la Argentina es una empresa fascinante que debe emprenderse vigorosamente y con el mínimo de preconcepciones. [Pero] al depender el modelo propuesto de una sola variable, exógena por demás, corre el peligro de rigidizarse dejando de ser dinámico como se pretende, para convertirse en estático. Si el pasaje de una etapa a otra está fundamentalmente determinado por los cambios ocurridos en el mercado internacional, los ciclos locales pasan a quedar relegados en función de aquellos [es necesario] encarar los problemas del desarrollo económico y el cambio social con modelos que incluyan dimensiones de tipo sociológico y cultural que puedan relacionarse con el resto de las variables económicas consideradas."

el auge de la disciplina económica entre las ciencias sociales, generan una importante revisión desde esa mirada disciplinar, en la que la obra de Ferrer y la que Di Tella y Zymelman dedican a *Las etapas del desarrollo económico argentino*²⁹ son las más relevantes.

Más allá de las prevenciones tan acotadas de Cornblit y Gallo, la obra de Ferrer es un aporte valioso para el cambio en la consideración de los años treinta en un público más amplio. Sometido el proceso histórico a la lógica del desarrollo económico la especificidad de la década adquiere nuevos sentidos con respecto al patrón con el que generalmente había sido considerada. Los problemas del fraude político y la corrupción, por ejemplo, pierden envergadura frente al plano más estructural de las modificaciones en el plano del desarrollo económico.

Por otro parte, este mismo plano inserta a los años treinta en un período aún inconcluso cuando Ferrer escribe su obra, por lo que se hacen más evidentes las líneas de continuidad entre los años treinta, el peronismo y el posperonismo; cuando las versiones de una historia atendida a los acontecimientos políticos ponían el acento más en las rupturas. Por último, la dependencia de variables exógenas -que tanto preocupa a los comentaristas de la obra- será igualmente importante para la modificación del patrón de observación de los años treinta. Si los cambios producidos en la economía mundial se consideran imprescindibles para entender lo que sucede en la Argentina, las explicaciones sobre los avatares de nuestra economía en los años treinta se buscan también en los cambios que se producen en el mercado mundial lo que obliga a una lectura diferente en el orden interno.

En el plano interno, la ocupación total de las tierras dentro de la frontera pampeana, consumada hacia la década de 1920, ponía término al proceso tradicional de crecimiento de la producción rural destinada a la exportación: la ocupación de nuevas tierras. Ciertamente es que, hasta entonces, el progreso técnico acompañó la expansión de la superficie explotada; pero el rápido crecimiento de la producción agropecuaria y de las exportaciones es inconcebible sin la progresiva ocupación y explotación de nuevas tierras dentro de la frontera pampeana. De allí en más, la producción exportable pasó a depender de los rendimientos por hectárea, esto es, del cambio tecnológico y la mecanización de las explotaciones rurales. En este contexto, los factores institucionales, incluyendo el régimen de tenencia de la tierra, adquirirían una significación distinta a la de la etapa anterior.

En el plano internacional, la pérdida de dinamismo en la demanda de productos agropecuarios de clima templado y, en general, de productos primarios, alteró radicalmente el papel que la economía internacional había jugado, desde mediados del siglo XIX, en el desarrollo argentino.

Este conjunto de circunstancias internas y externas, determinó la pérdida del rol hegemónico del sector agropecuario de la región pampeana como actividad promotora del desarrollo del conjunto de la economía nacional. Al mismo tiempo, provocó la quiebra del tradicional sistema de vinculación internacional de la economía argentina apoyado en una elevada capacidad de pagos externos, generada en las exportaciones agropecuarias, destinada a satisfacer una proporción importante de la demanda interna de consumo e inversión y cubrir los servicios de capital extranjero invertido en el país.³⁰

²⁹ Guido Di Tella y Manuel Zymelman: *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1964.

³⁰ Aldo Ferrer, op. cit., pág. 153.

Si algo preocupaba a Cornblit y Gallo de estos análisis tan excluyentemente económicos, era precisamente todo lo que "dejaban afuera", "la llamada etapa de la economía primaria exportadora se inicia en el libro cuando varían las condiciones del mercado internacional [alrededor de 1860], y no cuando concluye el largo ciclo de implantación interno, 1853-1880, que comprende violentas conmociones armadas profundos cambios en la estructura técnica de la producción agropecuaria, sustitución de grupos y una reforma radical de la estructura del poder, proceso este que recién concluye cuando la asunción de Roca al poder en 1880."³¹ Como hemos visto en los párrafos citados, para fundamentar los comienzos de un nuevo ciclo económico a partir de 1930, Ferrer utiliza un marco argumentativo similar al que tanto preocupa a sus comentaristas. No hay aquí ni gobierno radical, ni fascismo criollo, ni corporativismo uriburista, ni conservadurismo pro-inglés, ni golpe del '30, ni golpe del '43. Aun cuando Ferrer pueda pensar la historia política de manera muy similar a aquellos que la ordenaron a partir de estas variables, puesto a subordinar el pasado a esa gran variable del desarrollo económico el resultado final es absolutamente distinto. Esto es precisamente lo que para nuestro análisis más conviene destacar. Se trata posiblemente de la primer obra escrita de difusión masiva, en la que la década del treinta es presentada como un momento clave de reformulación del modo de desarrollo (que aún no ha concluido su ciclo), sin recurrir fundamentalmente a ninguno de los elementos descalificativos con los que hasta entonces se había aludido al período.³²

Aunque en Murmis y Portantiero no hay ninguna referencia al respecto, no es el texto de Ferrer el eslabón perdido que explica el salto de Germani a sus discípulos? Repasando ahora, nuevamente, los párrafos de Ferrer y de Murmis y Portantiero citados, ¿no están unidos por un parentesco que desconoce las versiones más tradicionales de una historia política tradicional, como por una fidelidad a las Ciencias Sociales -la economía en un caso, la sociología y la ciencia política en el otro- cuyo status científico ha tenido en los años sesenta un crecimiento sin par en la historia argentina? Lo que estamos pensando es que la obra de Ferrer, beneficiada por legitimidades externas a la obra misma, es capaz de preparar un público, de construir un mercado de lectores más amplio, que explica la acogida de la obra de Murmis y Portantiero más allá de los pasillos del Instituto Di Tella y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Así, en el arco que estas dos obras tejen, un número importante de lectores recorre la década del treinta desde otro registro. No es que se halla construido una versión alternativa a aquella que ubicaba en la década

³¹ Oscar Cornblit y Ezequiel Gallo, op. cit.

³² No es que Ferrer no esté de acuerdo con estas descalificaciones. Es más, abunda incluso en argumentaciones que demuestran, desde la misma economía, la vileza que encierra el pacto Roca Runciman. Lo que quiero decir es que en la lógica interna del relato los condicionantes claves están puestos en otro lugar cuya complejidad no puede explicarse por las condiciones morales de los hombres de gobierno. Comparando con los textos sobre "La década infame" de Torres o los producidos contemporáneamente por Abelardo Ramos, Puiggrós y otros que ya veremos, la relectura que esta mirada económica impone, no puede soslayarse.

toda la maldad y la corrupción de la que podía hacer gala la Argentina, sino que estos elementos pierden fuerza frente a un mundo explicativo -repito, no alternativo, sino diferente- que eludía lo meramente coyuntural, buscando en los treinta explicaciones que se querían más de fondo para los sesenta.

Este *otro* lugar para decir, ayuda a explicar la coexistencia de este tipo de textos, capaces de sobrevivir a los años en que fueron producidos, con otros, mucho más coyunturales, provenientes de un campo más específicamente político, que capturaban en muchos casos un segmento común del mercado de lectores.

DESDE LAS NECESIDADES DE LA POLÍTICA O CADA CUAL ATIENDE SU JUEGO

Es muy difícil ordenar un campo tan vasto y de fronteras tan poco precisas, como el de los que intervienen en la polémica político-ideológica de los años sesenta desde una condición de intelectuales, que es definida a partir de su particular intervención en ese debate: la producción de obras escritas en las que se elaboran versiones más o menos acabadas del pasado nacional, con la pretensión manifiesta de impactar en la definición de sentido de la política contemporánea.

Tomaremos aquí algunos casos puntuales, emergentes de un conjunto más vasto, que responden a tradiciones ideológicas diferentes, y de cuyos análisis se desprenden posiciones políticas también diferentes. Por un lado, consideraremos a Félix Luna, que se inscribe en la tradición radical y en una visión historiográfica más bien tradicional. Por otro, consideraremos un conjunto de autores seleccionados de un segmento de este campo político-intelectual, la izquierda, que está sufriendo una impactante mutación.

Luna dialoga poco, desde el punto de vista teórico, con los sectores de izquierda, con los que en realidad funciona en un plano complementario más que competitivo con respecto a los lectores potenciales; aunque tiene, a diferencia de los intelectuales de izquierda, un amplio mercado cautivo entre aquellos que buscan en él al historiador del partido radical y los que, interesados por la historia política, encuentran en la amenidad de su lenguaje la posibilidad de un aprendizaje sin mayores esfuerzos.

Para abordar el heterogéneo segmento de la izquierda, recortaremos nuestro campo de análisis en este trabajo tomando tres autores, Milcíades Peña, Abelardo Ramos y Rodolfo Puiggrós, que representan diferentes alternativas de la polémica que atraviesa a la izquierda argentina, y que construyeron, cada uno de ellos, una elaborada versión del pasado argentino con la que se presentaban al debate público. De la mano de estos tres autores podemos introducirnos en los senderos más transitados por la izquierda sesentista en su peregrinar revisionista en busca de un arsenal teórico/político más apropiado para enfrentar los dilemas de la agenda política del momento. Agenda sobredeterminada por la 'cuestión peronista' que interpelaba con mayor fuerza a los sectores de izquierda en la medida que, en *la resistencia*, el peronismo profundizaba sus

rasgos clasistas; y por la insuficiencia del discurso de la izquierda tradicional para dar cuenta de una novedad tan relevante. En Peña, en su búsqueda de un discurso alternativo tanto a la izquierda tradicional como al nacionalismo populista, es posible reconocer los primeros rasgos de lo que será luego más claramente la "nueva izquierda". Ramos y Puiggrós nos presentan los dos senderos más transitados por la "izquierda nacional": el caminar "al lado" (Ramos) y el caminar "en" (Puiggrós) el peronismo.³³

Con una carrera alejada de los ámbitos académicos, que en alguna medida lo asocia con quienes hablan desde la izquierda ideológica, pero aferrado a caras tradiciones políticas que lo hacen permeable al marco argumentativo que desarrolla José Luis Romero, Felix Luna contribuye fuertemente a la construcción de imágenes del treinta por el masivo impacto de su discurso en la sociedad. La gran difusión de sus trabajos puede explicarse no sólo porque su estilo, más "periodístico", encuentra un público mejor preparado para recibirlo, sino también porque su

³³ Es imposible presentar aquí un panorama más amplio de un sector del campo político intelectual que es un tema en sí mismo y que abordaremos en otra oportunidad. Tomando a cuenta de ese otro trabajo, es conveniente no disimular la influencia de escritores como Ernesto Palacio, Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui, en la construcción de las significaciones que nos interesan desde el campo más específicamente político (tanto de Luna como de los sectores de izquierda). Si su importancia no siempre puede rastrearse en una relación directa con los autores considerados, difícilmente pueda ignorársela si se trata de considerar el universo de recepción de sus obras.

Seguramente los orígenes nacionalistas de Ernesto Palacios podían provocar una reacción negativa tanto en la izquierda política como en el radicalismo. Pero, su *Historia de los argentinos* es de 1954, lo que la sitúa en un lugar privilegiado para la época que nos interesa. Es decir, a comienzos del posperonismo quienes pretendían una versión alternativa a la de la historiografía tradicional tenían en la obra de E. Palacios una fuente a la que acudir que englobaba todo el proceso histórico argentino, en una versión que se distanciaba mucho menos de la historiografía tradicional que lo pretendido por el autor.

Sin esas prevenciones que mediaban la recepción de Palacios en los sectores que gustaban definirse como progresistas, Jauretche y Hernández Arregui contribuirán a jerarquizar una imagen de la década del treinta en la que FORJA se transforma en un mito que desde los "años infames" dialoga con el problema típico de la intelectualidad de izquierda de los sesenta: el cómo, desde dónde, enfrentar la cuestión nacional.

La clave de análisis de Hernández Arregui, más deudora de la filosofía de la historia que de la historia, lo alejaba de las discusiones de detalle y lo emparentaba con los "grandes relatos", sin cuyo cobijo, en los años sesenta, difícilmente podía alcanzarse el éxito en la competencia por dotar de sentido a la sociedad y la cultura. A la vez, el tema con el que subordinaba al pasado -la conciencia nacional-, interpelaba y nominaba al proceso de modernización económico y social que cambiaba aceleradamente a la Argentina sin que pudiera armonizarse un sistema político inclusivo del peronismo.

Jauretche, no sólo era la representación misma del puente que unía la tradición radical con cierto peronismo a través de esa mítica FORJA que lo había contado en sus filas, sino que su particular relación con la escritura y su habilidad oratoria lo dotaban de un *feeling* especial con el mundo de la política que garantizaba un impacto masivo para su discurso. (Impacto seguramente más masivo que el que FORJA había podido alcanzar en su recoleta travesía política, cuya exagerada presencia no requería de desmentidos por estar irremediabilmente condenada al pasado)

Precisamente porque pertenecía cada vez más al pasado, la imagen mítica de FORJA tenía un amplio espacio para crecer. Nótese por ejemplo, el cambio que comentamos en los dos momentos de José Luis Romero. En las *Ideas Políticas*, cuando Romero menciona la obra de Scalabrini Ortiz en especial, y de FORJA en general, destaca los aspectos filofascistas de sus recursos argumentales; en *La evolución de las ideas políticas*, estos destacados desaparecen y la imagen de FORJA es tan inmaculada como la que recorría, sin beneficio de inventario, todas las obras del período desde aquellas englobadas en la izquierda como las que respondían a la propia tradición radical, con la siempre especial excepción de Milcíades Peña.

discurso proyecta históricamente la crisis que atraviesa el Partido Radical. Sus dos obras más importantes para nuestro trabajo son: la que dedica a *Alvear* (1958) y *El 45* (1969); aunque en la primera podemos encontrar los argumentos centrales de Luna sobre los años treinta. En *El 45*, las imágenes de los treinta sobre las que se apoya no innovan a las que elaboró desde la trama personal de su biografiado.³⁴

Cuando Luna preparaba su *Alvear*, era un joven militante radical en los tiempos de Aramburu en que el frondicismo apenas empezaba a decir su nombre. A pesar de su juventud, se había iniciado años antes en el oficio de indagar al pasado desde el recurso de la biografía. Fruto de esa primer experiencia es *Yrigoyen*.³⁵ Con *Alvear*, Luna vuelve a insistir con la biografía, un recurso en el que ha aprendido a moverse con soltura, y que le permite continuar desde otro lugar con la tradición historiográfica partidaria cuya paternidad reconoce en Gabriel del Mazo.

Uno de los efectos del surgimiento del peronismo, que significó un quiebre notable en la evolución política argentina, fue el impacto que su desarrollo trajo aparejado para las fuerzas de izquierda y el radicalismo. Para la izquierda, el problema del peronismo no significaba tanto su condición de mayoría electoral, como la fuerte identidad obrera del movimiento, que alejaba a la izquierda argentina del actor social en nombre del cual demandaba a la historia. Para el radicalismo, en cambio, era esa condición mayoritaria del peronismo el problema. Para quien, como Luna, estaba involucrado en un proyecto de reconstruir una alternativa política mayoritaria desde el radicalismo, la figura de Alvear encerraba las claves de un enigma que lo volvía irresistible: por qué, en la década del treinta precisamente, el radicalismo perdió esa condición de partido mayoritario en la que le gustaba reconocerse hasta confundirse con la nación misma ?

Luna nada nos dice sobre esta intencionalidad, pero el 75% de su libro está dedicado a los últimos años de Alvear, los de la década del treinta. Sólo las pocas páginas restantes están dedicadas a los años que median entre 1890 y 1930, incluido el periodo presidencial de Alvear(!) Podrá argumentarse razonablemente que en los años previos al treinta la figura de Yrigoyen deja poco lugar en la historia del radicalismo, y que sólo luego del alejamiento y posterior muerte del caudillo, Alvear alcanza la estatura que justifica la biografía. Algo de esta argumentación está implícito en las fundamentaciones de Luna y en la forma que organiza su obra. Alvear es, en los primeros años, un afectivo "El Pollo Marcelo"; luego, cuando alcanza la presidencia de la nación, es un distante "El doctor Alvear"; recién en los treinta, cuando vuelve de Francia para hacerse cargo de la dirección partidaria, alcanza esa estatura tan cara al léxico radical: "Don Marcelo".

Puede hacerse política por muchos motivos pero hay sólo dos formas de dedicarse a hacer política: en serio o no. La política en serio tiene un estilo, un tono que excluye toda

³⁴ Félix Luna: *Alvear*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986 -primera edición en 1958-; y *El 45. Crónica de un año decisivo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1971 -primera edición en 1969-.

³⁵ Félix Luna: *Yrigoyen*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986 -primera edición en 1954-

frivolidad, toda improvisación: es una exigencia total y excluyente, tiránica, que se impone como el oficio principal y la obsesión de quien la ejerce.
*Alvear sólo hizo política en serio los diez últimos años de su vida.*³⁶

El *Alvear*, termina así en una lectura centrada en los años treinta que, por su momento de elaboración, será de vital importancia. Casi todas las obras provenientes del campo más específicamente político, tienen en el libro de Luna un antecedente al que recurren permanentemente -aun cuando no se lo cite todas las veces que correspondería-. Estamos entonces ante una obra doblemente importante para la construcción de imágenes de los años treinta. No sólo por su éxito editorial, sino también porque será amplificada por los trabajos posteriores.

No hay en Luna un seguimiento de los problemas de la década, como sí podemos encontrar en la obra de Puiggrós. Siguiendo la senda de Alvear, Luna se detiene fundamentalmente en las cuestiones que hacen a la evolución del partido, lo que dada las dimensiones del Radicalismo es de por sí importante; pero otras cuestiones en las que Alvear y el radicalismo tuvieron una participación menor -como el conflicto de las carnes, por ejemplo- no merecen la misma atención. Así, Luna encuentra en su sendero una serie de temas centrales que hacen al rol del radicalismo frente al sistema político en distintos momentos de la década -la abstención partidaria o la participación, por ejemplo-, que son analizadas desde el prisma radical en el que la abstención es juzgada desde la fuerza mítica que este mecanismo de presión política tiene en la tradición partidaria. Pero así también nuestro autor llega, de la mano de Alvear, a conflictos de la época que se volvieron paradigmáticos de la corrupción. El affaire CHADE por ejemplo, en el que el involucramiento del radicalismo es reconocido por Luna. Si conocido por las denuncias periodísticas en su momento y recordado luego por diversos autores, que quien aparezca ante el mercado de lectores confirmando la participación del radicalismo en el negociado sea un portador de la tradición partidaria, le da al texto una significación mayor.

Luego de dedicar las páginas más trabajadas de su libro a este affaire, Luna se ve obligado a realizar una operación a varias puntas. Por una lado, exculpar a Alvear de cualquier interés personal en el escándalo; por otro, explicar las decisiones políticas de Alvear al respecto (los errores, dirá Luna), desde la "contradictoria condición humana" del personaje; por último, confirmar la imagen de "década infame", la imagen de un período tan negro de nuestra historia, que ni el radicalismo puede escapar al estigma.

*Qué perseguía Alvear al poner [en juego] todo su prestigio y autoridad.....Un beneficio personal, no. Hacia 1935 seguía siendo un hombre de relativa fortuna.*³⁷

³⁶ Félix Luna: *Alvear*, op. cit., pág. 10.

³⁷ Ídem, pág. 228.

Inmediatamente Luna pasa a enumerar los bienes que aún tenía Alvear y que le garantizaban un buen pasar, como para alejar toda duda sobre la existencia de un beneficio particular. Más todavía:

...aun los adversarios más enconados de Alvear consideran imposible que haya aceptado un dinero mal habido. La imagen de un Alvear recibiendo clandestinamente el "paco" del soborno, resulta totalmente absurda, aun para sus críticos más severos. Eso podía quedar para los concejales complicados (y Alvear no lo ignoraba) pero no para este hombre que con todos sus errores jamás pudo descender a semejante abyección.³⁸

La explicación de la participación de Alvear en el affaire, que Luna reconoce, está entonces en otro lado.

Descartada la posibilidad de un beneficio personal con el negociado, resta suponer, por eliminación, que la conducta de Alvear se encaminó a obtener de las empresas beneficiarias, los medios que necesitaba su partido para hacer frente a la campaña electoral de 1937. La lucha por la presidencia de la Nación iba a ser larga y costosa.....Alvear lo sabía muy bien; y también sabía que era difícil obtener entre los radicales las sumas necesarias para responder a las erogaciones de la campaña.³⁹

No creemos que Alvear haya medido la real gravedad de affaire CHADE, que no está referido tanto al soborno de concejales por la empresa, como a la postura que adoptó el radicalismo -sus direcciones- frente a un acto típico de imperialismo corruptor. Toda la tramitación del negociado.....configuraban cabalmente la peligrosidad de estos capitales voraces.

La mentalidad de Alvear no advertía este peligro. Él creía que no se puede gobernar el país sin la aquiescencia de los grandes poderes internacionales.⁴⁰

En ese punto, Luna se enfrenta a la necesidad de mediar el impacto en la política contemporánea de sus afirmaciones sobre el radicalismo histórico. Recurre para eso a la anécdota, recurso en el que se refugia con excesiva frecuencia.

Quién me va dar el dinero que necesitaré para gobernar? Usted me lo va a dar acaso? Estalló [Alvear] un día ante Arturo Frondizi, roja de ira la gran calva, golpeando el puño sobre la mesa un día que éste le exhortaba a tomar una actitud firme frente al escándalo de la CHADE.⁴¹

Frondizi, que aspira cuando Luna escribe su obra a la presidencia de la nación, estaba ahí; ya entonces estaba ahí, y para marcar el error. Error que -y cierra el tema nuestro autor- se debe a la benevolencia del personaje que no podía entender la catadura de las empresas que lo asediaban.

³⁸ Félix Luna: *Alvear*, op. cit., pág. 228.

³⁹ Ídem, págs. 228-229.

⁴⁰ Ídem, pág. 231.

⁴¹ *Ibidem*.

*Es que Alvear era demasiado benévolo con esos capitalistas cuya acción corruptora no podía o no quería ver.*⁴²

*Ningún episodio revela como éste con más claridad la contradictoria condición humana de Alvear, tironeado desde diferentes flancos, agobiado por un pesado lastre de mentalidad y de origen, buscador de una salida nacional que cada vez aparecía como más lejana, en la medida en que no era buscada por caminos rectos sino a través de compromisos y concesiones.*⁴³

Luna completa así el círculo de justificación sobre la contradictoria condición humana de su biografiado. Condiciones del personaje que reflejan una limitación que no alcanza al radicalismo en su conjunto (ya veremos cómo desde la izquierda se argumenta de otra manera sobre estos acontecimientos). Pero, si las debilidades de Alvear y de algunos concejales están ahí y son denunciadas, también está ese joven Frondizi del diálogo imaginado que es en realidad -aunque Luna se cuida de no revelárnoslo- el emergente del otro rostro del partido. Si por el rostro de Alvear puede comprenderse que el peronismo haya condenado al radicalismo al rol de minoría electoral; ese otro rostro del joven Frondizi, entonces perdidoso en las filas internas, bien vale la recuperación de la mayoría perdida.

*Pero hubo un saldo positivo, por lo menos, en todo este desgraciado asunto. Quedó revelado que existía en el país y en el radicalismo una vigilante conciencia moral. La resistencia que suscitó el negociado y la acusación que con este motivo se mantuvo contra quienes se complicaron, fue un índice de que no todo estaba perdido en la Argentina..... Aquí, el episodio sirvió para deslindar responsabilidades políticas y para demostrar que existían dos versiones del país: los que seguían en resignación de colonia y los que aspiraban a liberarlo de toda dominación imperialista.*⁴⁴

Luego de una argumentación tan encendida, seguramente porque Luna piensa más en 1958 que en la década del treinta, nuestro autor completa su operación, buscando ese tono general de la época. Dedicar para esto un capítulo de su libro cuyo título lo dice todo: "Se vende un país". Hay allí esas formas de referirse a la década que harán fortuna, que están en el Viñas que citamos antes, que están en Ramos, que están, en fin, en el decir del sentido común cuando de pensar los años treinta se trata.

*Esta década se parecía a los años del 80 al 90, en su inmoralidad esencial y su formal respecto por la ley y la ética. Falta el Payró que relate las divertidas aventuras de algún Gómez Herrera contemporáneo....*⁴⁵

Así fue la política oligárquica bajo el gobierno de Justo, carente de toda coherencia y con una única lealtad: la prestada a sus propios intereses. como Fausto, lo ofrecía todo con tal de prolongarse un instante más. Estaban dadas todas las condiciones para que la dependencia del país se mantuviera indefinidamente sobre la pobreza popular y la atrofia

⁴² Ídem, pág. 232.

⁴³ Ídem, pág. 235.

⁴⁴ Ídem, págs. 236-237.

⁴⁵ Ídem, pág. 250.

de sus posibilidades. Si ello no ocurrió en última instancia fue porque el plan no se cumplió totalmente en virtud de una instintiva resistencia popular (monopolio del transporte) y porque el estallido de la guerra, en 1939, modificó sustancialmente el panorama económico del país.⁴⁶

Pocos años más, pero bravos. Años tristes, años sucios, años de "mishiadura" para todos, años de asco y canallería. Con una roña metida en todos lados, tanto más profunda cuanto menos visible. En esos tiempos, que alguien calificó de "década infame", la suciedad estaba en todos lados. Eso sí, la oligarquía la ocultaba cuidadosamente. La oligarquía ha tenido siempre el escrúpulo de la descendencia, tiene un sentido histórico, sabe que viene de algo y se proyecta hacia una posteridad. Por eso, las grandes canalladas de esos años son disimuladas, se ocultan bajo solemnes formalidades, bajo cifras engorrosas, atrás de una distraída omisión periodística.....⁴⁷

.....una corrupción que flotaba en todo el ambiente del país: que ya era el ambiente mismo del país. Una corrupción que se traducía en diferentes planos: si en la justicia, con affaire del millonario García; si en la política, con el fraude electoral permanente. Un día se descubría que un alto prelado había vivido en concubinato durante años con su ama de llaves; más tarde, que en el colegio militar existía un nido de homosexuales..... Bastaba apretar un poco el absceso para que saltara el pus.

Qué pasaba en la Argentina? El auge del pistolero, la explotación del juego que motivaba en Buenos Aires crisis ministeriales o renunciadas de diputados, la desembozada trata de blancas, todo era reflejo de un estado de cosas basado en la inmoralidad, en una total subversión de valores. Faltaba fe en las propias posibilidades. La crisis del año treinta, prolongada por la oligarquía, había asestado un duro golpe a ese optimismo característico de nuestro pueblo. **Dios ya no era criollo.**⁴⁸

En el "Epílogo sin grandeza" podrá decir entonces con más comodidad:

*También el radicalismo había absorbido la descomposición de aquellos años. Cómo no iba a ser así, si era una cosa argentina hecha de la misma materia, buena o mala, del país.*⁴⁹

Por último, nos interesa señalar el involucramiento personal del autor con el objeto de estudio; algo que es una característica de época (lo vimos ya en Romero y Ciria) a la que no escapan los autores que provienen del campo político. En Luna este involucramiento se explica, por un lado, por su personal estilo de escritura, y las trampas del género biográfico que siempre dificultan la mediación con el personaje-objeto; por otro, por sus compromisos con el radicalismo, con su tradición y con el presente político del Luna escritor.

*...este libro es la historia de un fracaso. Para escribirlo hemos tenido que forzar a veces nuestra fibra radical, porque es triste relatar la quiebra de lo propio.*⁵⁰

En ese "epílogo..." nuestro autor se sitúa en la especial coyuntura política del momento de producción de la obra, sugiriendo una lectura de la misma que una el pasado narrado con el

⁴⁶ Ídem, pág. 247.

⁴⁷ Ídem, págs. 248-249.

⁴⁸ Ídem, pág. 249 -yo subrayo-.

⁴⁹ Ídem, pág. 344.

⁵⁰ Ídem, pág. 345.

presente que enfrenta el radicalismo en los primeros años del posperonismo. Así, el legado de Alvear llega hasta el presente:

*Afirmamos que un sector importante del radicalismo absorbió el estilo Alvearista y todavía lo conserva. Es un estilo legítimo, respetable. Pero no es lo radical.⁵¹
.....no es el radicalismo. Es un injerto.⁵²*

Y si nos queda alguna duda sobre la relación entre su obra y el presente político del que participa, Luna se encarga de aclararlo con todas las letras:

*Por eso pensamos que una biografía de Alvear puede ser útil, para caracterizar y ubicar una línea de ideas que jamás interpretará el papel del radicalismo en nuestra historia.....
Pues el radicalismo de cepa yrigoyeniana tiene otra versión del país, y Alvear, por acción negativa contribuyó a aclararla y definirla..... Por eso sabe hoy el radicalismo cuáles son sus rumbos, dónde se entroncan y hacia dónde van.⁵³*

Cerrando su texto -que data en diciembre del 57- Luna se ubica a sí mismo como un aspirante a historiador que acaba de juzgar la triste obra de Alvear y una generación. Político al fin, dobla la apuesta:

Que ningún aspirante a historiador pueda decir cosa tan triste de nuestra generación. Que nos pueda decir que nos faltó grandeza porque no supimos ver con claridad lo que se estaba decidiendo en éstos, nuestros días. O que, sabiéndolo, no tuvimos entereza para asumir esta maravillosa, esta alucinante aventura de la Argentina soñada.⁵⁴

En todos los autores que hablan desde el campo de la izquierda política, existe lo que podríamos llamar una *triple operación de distanciamiento*. Por un lado, distanciamiento de las tradiciones ideológicas de la izquierda tradicional, y más precisamente de las versiones históricas construidas por el partido comunista. En algunos casos -el de Puiggrós es el más notable seguramente- este distanciamiento tiene un carácter personal. Este primer distanciamiento está asociado al segundo: de la historiografía tradicional, la historiografía de la Academia, o lo que el revisionismo histórico llamó la historiografía liberal. En ese largo camino recorrido desde Mitre a Levene, la historiografía tradicional había construido una fuerte versión del pasado argentino cuya recusación inicialmente no estuvo en manos de la izquierda sino del revisionismo nacionalista. En la competencia entablada entre el revisionismo y la historia tradicional, la izquierda ortodoxa había acompañado al liberalismo desde una visión del pasado argentino casi excluyentemente apegada a la de la historiografía tradicional. Pero precisamente, la pretensión de construir un lugar alternativo para "decir" no estaría completa sin el tercer movimiento de este distanciamiento, esta

⁵¹ Ídem, pág. 347.

⁵² Ídem, pág. 349.

⁵³ Ibídem.

⁵⁴ Ídem, pág. 352.

vez del propio revisionismo histórico que había surgido de las filas del nacionalismo de derecha. Los tres movimientos en su conjunto permitían diseñar un nuevo lugar capaz de conciliar la revisión del pasado argentino, el nacionalismo progresista y el pensamiento de izquierda, y las tradiciones populistas.

Una operación tan compleja como ésta atravesó todo el período de los años sesenta mezclando de manera impredecible autores y textos que eran permanentemente descodificados según la operación de distanciamiento que el lector estaba realizando con el proceso de lectura y apropiación de los textos. José María Rosa, por ejemplo, uno de los padres del revisionismo argentino, es un autor muy rechazado por los sectores de izquierda, en los comienzos de los sesenta, por el tradicionalismo de su discurso. A medida que avanza el período y por razones que se explican tanto por la metamorfosis populista del personaje como por la peronización de las izquierdas, Rosa ingresará en esa biblioteca itinerante con la que la nueva izquierda política argentina reconstruía una visión del pasado capaz de optimizar sus posibilidades políticas presentes.

Esta triple operación de distanciamiento tenía como telón de fondo a la "cuestión del peronismo" y a ese gran interrogante recurrente que imponía su insistente presencia: cómo construir, en la Argentina de los sesenta, un discurso de izquierda capaz de dar cuenta, en términos políticos, de la emergencia del fenómeno peronista como horizonte de identidad de la clase obrera. La complejidad de este proceso dejará sus marcas en escritores y textos, y ayuda a explicar el encarnizamiento con el que los distintos autores compiten entre sí, que se impondrá como un estilo característico de la literatura de la izquierda argentina en este momento de quiebre de la ortodoxia.

Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos no cuentan con el *metier* de historiador o cientista social que carga con una legitimidad especial al trabajo de aquellos autores que analizamos en el campo académico, aunque en el clima contestatario de los sesenta el "estar fuera" de la academia podía revertir a favor, incluso en el ambiente universitario. Peña, se empeña en reordenar los pliegos del pasado argentino que le proveen fuentes secundarias diversas, según los imperativos de un pensamiento crítico frente a la izquierda tradicional que enuncia ya lo que luego será la "Nueva Izquierda". Preparados inicialmente en los años 55-57, los capítulos dedicados en su obra a la década del treinta fueron publicados en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social*, en sus N° 3 y 7 (1965), y retomados en el volumen: *Masas caudillos y élites*,⁵⁵ con el que su autor terminaba el recorrido por la historia Argentina iniciada en la etapa colonial. La temprana desaparición de Peña no atenuó el impacto de su obra en los sectores de izquierda del campo intelectual en los que siguió siendo un texto de consulta frecuente, por lo menos, hasta 1976.

⁵⁵ Milcíades Peña: *Masas, caudillos y élites. La dependencia Argentina de Yrigoyen a Perón*, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1973.

Lo primero que sobresale en el texto de Peña es la actitud iconoclasta que contrasta notablemente con el resto de los autores del campo político, más preocupados por sostener las líneas de continuidad de una tradición nacional entre el Radicalismo y el Peronismo (Arregui, Ramos, Puiggrós), o por afirmar esa misma tradición en el radicalismo Yrigoyenista que agoniza sobre los errores y las debilidades de la figura de Alvear en la década del treinta (Luna). Para Peña, en cambio, no hay edad de oro en ningún fragmento del pasado. Si en algún momento esta premisa parece borrarse es en sus análisis de las figuras de intelectuales como Alberdi y Sarmiento. Frente a ellos, la mirada de Peña se vuelve más comprensiva que cuando se poza en los políticos, estableciendo un diálogo -nunca explicitado, claro- entre el rol del intelectual crítico de ese momento del siglo XX que él representa y la élite letrada que lideró el proceso de organización nacional.

Sin un lugar cómodo para refugiarse en el pasado -a lo que es tan afecto el decadentismo revisionista que hay que combatir-, no hay necesidad de revisarlo para conceder a unos y enjuiciar por contraste a otros. Su pluma es tan dura con Uriburu como con Justo, y con los nacionalistas que sólo enjuician a éste para recordar con nostalgias a aquél (Torre, Palacio). Pero si se trata de elaborar un juicio descalificativo sobre Uriburu, no es necesario para eso caer en la benevolencia con el radicalismo yrigoyenista (Luna, Puiggrós, Ramos). Mucho menos aún, hacer recaer todo el peso del predominio militar en la década del treinta, en figuras individuales como Uriburu o Justo, para salvar a la institución militar que podía así reencontrarse con las tradiciones nacionales en el 43/45 (Ramos, Puiggrós).

Eso sí, Uriburu terminó con la corrupción administrativa yrigoyenista. Lo hizo en forma hegeliana, superándola y elevándola a un plano gigantesco, desconocido hasta entonces. Dictó un decreto confidencial y sumamente ingenioso, estableciendo que el gobierno se haría cargo de todas las deudas privadas de los oficiales del ejército....parece que los oficiales supieron aprovechar la ocasión.⁵⁶

Todo el texto de Peña es -como el de Ramos- una permanente polémica política. Su aporte a las imágenes que se forjaron en la época, pasó tal vez más por esa descalificación totalizadora de las alternativas políticas con las que se había tejido la historia: ni radicalismo, ni peronismo, ni ejército. Sólo en la clase obrera podía presumirse una fuerza positiva virtual (y el potencial era doblemente justificado por la realidad del peronismo). Un discurso así construido no podía sino resultar atractivo para amplios sectores en los años sesenta, atravesados por una crisis de autoridad que ponía en cuestión el orden y las jerarquías en rubros hasta entonces insospechados.

Sin embargo, consideramos que hay en su breve recorrido por los treinta, un análisis que se revelará más importante, al detenerse en un aspecto singular que será luego retomado por diversos investigadores hasta el presente. Se trata del análisis de los enfrentamientos internos a la burguesía, precipitado por el cambio en el modelo de desarrollo que acompaña al proceso de

⁵⁶ Ídem, págs. 35-36.

industrialización por sustitución de importaciones. Si en el modelo clásico, el desarrollo industrial presupone un enfrentamiento interno a las clases propietarias entre intereses agrarios e industriales, en el caso argentino el desarrollo de la industria sustitutiva no requirió de este enfrentamiento. Por el contrario, Peña sostiene que estamos ante una verdadera fusión de fracciones de clase. Fusión de intereses agrarios e industriales, promovido por la crisis del mercado mundial y las dificultades de los "agrarios" para seguir obteniendo las fabulosas ventajas del comercio internacional que había promovido hasta entonces su actividad. Ante la imposibilidad de continuar concretando estas ventajas los intereses agrarios se vuelcan a la actividad industrial exigiendo la protección del Estado para garantizar una alta tasa de ganancia sobre la cual basar un nuevo proceso de acumulación de capital.⁵⁷

Apenas insinuado en el texto que fuera publicado como libro y más desarrollado en diversos artículos de su revista *Fichas*, Peña dedicó a esta cuestión mayor trabajo empírico con fuentes primarias que a otros temas presentes en su obra, elaborando incluso una lista de empresas de primera línea en las que los intereses agrarios e industriales coincidían para confirmar su tesis. En esta clave, el tema será retomado constantemente, no sólo para el análisis de la década del treinta (Ciria, Murmis y Portantiero), sino en otras discusiones presentes en los sesenta sobre las características del capitalismo argentino y las alternativas de futuro.

Ramos sólo coincide con Peña en su proceso de diferenciación de la izquierda tradicional. En 1959, con la publicación de *Historia Política del Ejército Argentino*, afina una dirección de su pensamiento de lo que se denominará ya entonces la "izquierda nacional", que terminará de expresar en 1966 con *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*.⁵⁸

La búsqueda del rasgo original para construir un lugar propio está siempre presente en Ramos. Esa pincelada oportuna, que ponga una nota de color distinta en algún fragmento del pasado nacional en una línea por lo demás nada original, parece ser su objetivo privilegiado que, por otra parte, hacía honor a una condición de polemista para la que estaba especialmente dotado. Su "nota" más importante, es sabido, es la inversión de la valoración del Roquismo, al que Ramos incorpora a la línea de continuidad de la formación de la "conciencia nacional". Difícilmente podía cargar a su obra de muchas notas de igual significación; sin embargo, esta actitud del autor atraviesa toda su obra, marcando un estilo. Siempre un punto, por pequeño que sea, le permite

⁵⁷ La importancia del análisis de Peña se refleja con claridad en su influencia en trabajos como los de Murmis y Portantiero que ya analizamos. Años después, los trabajos de Jorge Sábato sobre la formación de la clase dominante en la Argentina darán un nuevo empuje a las sugerentes hipótesis de Peña. Jorge Sábato: *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Cisea/Gel, Buenos Aires, 1988 (hay una primer documento de 1979, edición restringida del Cisea, en forma de policopiado).

⁵⁸ Jorge Abelardo Ramos: *Historia Política del Ejército Argentino*, Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1959; y *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Plus Ultra, 1970, 3^o edición -primera edición en Amerindia, 1957-.

diferenciarse del autor o los autores que viene siguiendo, buscar la polémica, construir su lugar, legitimar, en fin, el sentido de su escritura.

Con *Revolución y contrarrevolución* Ramos enuncia desde el título los dos polos que ordenan el pasado, y le permiten rastrear la traza del polo positivo en el proceso ascendente de construcción del movimiento nacional. Nada más claro para Ramos, que los indicadores de estos dos polos en los años treinta.

A diferencia del proceso que la crisis engendró en el Brasil, donde un movimiento nacional encabezado por Vargas dirigió la evolución económica hacia una deliberada industrialización, la caída de Yrigoyen disolvió al movimiento nacional hacia nuevos rumbos. Tomó el poder la oligarquía ganadera, desplazada del poder en 1916 por Yrigoyen y que sólo atinó a envilecerse ante el imperio británico: éste aprovechó el naufragio general para imponer a la Argentina una doble cadena alrededor de su cuello. Se estableció así la dictadura provisional del general Uriburu, soldado de fortuna y pintoresco fanfarrón de antiguo cuño.

Poco después, el general Justo asumía el gobierno gracias a elecciones delictuosas. Se inauguró así la llamada década infame.⁵⁹

Hasta aquí Ramos sigue parcialmente al discurso que habían elaborado los nacionalistas. Si bien no puede coincidir con la justificación de Uriburu que hace Palacio, por ejemplo, no evita la diferenciación que éste estableciera entre Uriburu y Justo para referirse a la década infame. Pero no es este polo negativo de la década el que más le interesa a Ramos, que enseguida nos adelanta el elemento central del polo positivo:

.....Pero la crisis operó milagros inesperados. Por la ausencia de divisas y el hundimiento de los precios, el gobierno oligárquico estableció el control de cambios y aumentó los derechos aduaneros. Comenzó a desarrollarse sin apoyo oficial una industria de consideración.....Con la aparición de nuevas fábricas que debían sustituir las importaciones prohibidas, se requería mano de obra. Como ésta ya no podía provenir del exterior, los nuevos obreros llegaron de las provincias agrarias olvidadas del interior. Modificóse profundamente por este recambio la fisonomía social y racial de la clásica ciudad europea del Plata.

Su tipo criollo pasó inadvertido durante años, pues se alojó silenciosamente en la periferia de la gran ciudad.....Con ellos venía la tradición nacional, un nacionalismo elemental que Buenos Aires no había conocido jamás; y en sus apellidos resonaban nombres olvidados de las guerras civiles o de la conquista....

El nuevo proletariado.....está orgánicamente desvinculado de los partidos políticos de la factoría, sean estos de derecha o de izquierda.⁶⁰

Ramos acepta y toma para sí la tesis de Germani, invirtiendo la valoración.⁶¹ Nuevos obreros del interior, no integrados a los partidos políticos y a las organizaciones sociales, son el

⁵⁹ Jorge Abelardo Ramos: *Historia de la nación latinoamericana*, Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1968, pág. 457.

⁶⁰ Ídem, págs. 457-458.

punto de partida del peronismo. Aceptando la versión germaniana, Ramos la dota de una carga positiva. Estos nuevos obreros son los portadores de una nacionalidad que se ha mantenido en el interior del país. Ya estamos a las puertas del peronismo.

Pero la clase obrera, ahora nacionalizada, no es suficiente para constituir (o reconstituir) el movimiento nacional. La burguesía industrial "que recién nació" en la década del treinta, "carecía de un comportamiento nacional".

Eran neoburgueses.....dispuestos a pactar con el imperialismo si era necesario. Tampoco habían elaborado un sistema de ideas en el orden del nacionalismo económico, ni tenían peso alguno en la vida política. Era una indiferenciada masa de fabricantes, una burguesía en sí.⁶²

Desde el problema de clases Ramos llega a un tema caro también a Puiggrós. Quienes, proviniendo de la izquierda, se preocupan por ocupar un lugar bajo la sombra del peronismo, piensan con insistencia en la cuestión militar. Con ella confirman la operación de distanciamiento del pensamiento de la izquierda ortodoxa al recusar su tradicional antimilitarismo. La misma discusión en torno a la cuestión militar podía permitirles -a Puiggrós sobre todo- enfrentar a quienes, en nombre de la sociología científica de cuño norteamericano, daban nuevos argumentos a aquel antimilitarismo.

Las limitaciones que Ramos destaca en esta burguesía nacional, jerarquizan al ejército en la constitución del movimiento nacional. Pero cómo hablar del ejército en esa dirección, en los años treinta?

El ejército, que había apoyado a Yrigoyen, con la caída del caudillo fue expurgado de los oficiales yrigoyenista. En su seno nació lentamente una generación militar nueva, que detestaba al imperialismo británico, pues la crisis había puesto al desnudo la fatal dependencia argentina. La guerra proporcionó la oportunidad para romper el sistema oligárquico.⁶³

Los treinta son una secuencia histórica positiva en cuanto a la constitución de esa clase obrera "nacional". Con respecto al ejército, en cambio, la secuencia pasa de ese ejército que había apoyado a Yrigoyen, a una nueva generación que rompe el sistema oligárquico aprovechando la coyuntura desatada por la guerra mundial. Esta operación con respecto al ejército tiene en Ramos toda una elaboración teórica, propia de los análisis trotskistas sobre las condiciones de los movimientos antiimperialistas revolucionarios en los países periféricos. La naturaleza política del ejército -nos dice Ramos- es una función contradictoria.

⁶¹ Por supuesto que Ramos no se refugia en la autoridad de Germani. Para una clave de lectura que estaba presente en la mayoría de los autores del campo político, el desarrollo de las ciencias sociales en la universidad y de la sociología en particular, era parte de la expansión imperialista norteamericana y recusado como tal.

⁶² Jorge Abelardo Ramos: *Historia de la nación latinoamericana*, op. cit., pág. 458.

⁶³ Ídem, págs. 458-459.

La presencia dominante del imperialismo extranjero, de una oligarquía antinacional y de una mediocre burguesía nativa, permite al ejército, bajo ciertas circunstancias críticas, asumir la representatividad de las fuerzas nacionales impotentes, o, por el contrario, transformarse en el brazo armado de la oligarquía. Esa dualidad se funda en la dualidad que existe en la sociedad semicolonial, donde no hay una sola clase dominante, a ejemplo de los países imperialistas, sino dos, una tradicional y una moderna, aunque mucho más débil.

La pugna entre ambos grupos, aquél vinculado al sistema agrario exportador y éste situado junto a las clases interesadas en el crecimiento económico, se introduce en el seno del ejército y genera en él esa misma contradicción en otro nivel.⁶⁴

Aquí, por el lado de la teoría, Ramos nos sugiere sobre el rol del ejército en los años treinta lo que calla cuando del análisis histórico se trata.

En ese rastreo del movimiento nacional que enlaza su discurso con el de Puiggrós, hay otra cuestión en la que Ramos considera vital detenerse. El rol del partido radical en la década. Así, en un registro sumamente deudor del *Alvear* de Félix Luna, Ramos recorre los negociados, la corrupción y el fraude político de la época buscando explicar el retroceso del radicalismo como abanderado de lo nacional y lo popular. El alvearismo es "la oposición de su majestad", mientras la tradición popular del radicalismo se refugia en el grupo FORJA y en el sabattinismo cordobés.

El radicalismo de Yrigoyen había muerto definitivamente, FORJA era, en cierto sentido, una continuación y desde otro punto de vista una anticipación.....El radicalismo había encontrado, sin embargo, en la década infame, una expresión nacionalista en la figura de Amadeo Sabattini y sus amigos de Córdoba.⁶⁵

Sin contradecir la visión mítica del grupo FORJA, Ramos señala, sin embargo, serias limitaciones en la agrupación recurriendo, nuevamente, a interpretaciones teóricas caras a su tradición ideológica:

FORJA, como expresión minoritaria de la pequeña burguesía nacional democrática, se encontraba totalmente imposibilitada para contrariar el curso de la corriente.....Como la pequeña burguesía carece de una política propia, el destino de FORJA era previsible.....⁶⁶

En un *Alvear* que termina por estar al "servicio de la CADE", Ramos se demora varias páginas siguiendo casi puntualmente al texto de Luna al respecto. Para marcar una distancia que no se aprecia mucho en el detalle de los acontecimientos, Ramos realiza una doble operación. Por una lado, hace una alusión directa a la obra de Luna:

⁶⁴ Ídem, págs. 461-462.

⁶⁵ Jorge Abelardo Ramos: *Revolución y contrarrevolución...* op. cit., pág. 481.

⁶⁶ Ídem, pág. 480.

En su apologética biografía de Alvear, Félix Luna opina que el dirigente radical apoyó las concesiones de la CADE por los cuantiosos fondos que esta compañía proporcionaba al radicalismo para las campañas electorales.⁶⁷ Luna explica que Alvear no se aprovechó personalmente de esta atmósfera de corrupción.⁶⁸

Por otra parte marca una diferente interpretación con respecto a la cuestión de la abstención o participación en los comicios del partido radical. Luna, y la mayoría de los autores que tocan el tema, datan el declinio definitivo del radicalismo en el levantamiento de la abstención en el '35 y su participación electoral desde el año siguiente. En la interpretación de Luna, se rompe en ese acto, toda la tradición con que el radicalismo se había constituido a sí mismo enfrentando al "régimen", y que Alvear había sabido mantener en la primera mitad de la década del treinta cuando se hizo cargo de la conducción partidaria. En la interpretación de Ramos, la abstención del Radicalismo desde las elecciones que a fines del '31 dieron el triunfo a Justo, carece del valor que Luna le otorga. Por el contrario, el "empecinamiento" de Alvear sólo allana el camino a la fórmula de la Concordancia. Lo "positivo" era lo que -según Ramos- observaba el mismo Yrigoyen en 1931: elegir una fórmula partidaria con un perfil que no pudiera ser rechazada por el gobierno. Por otro lado, Ramos recurre a las argumentaciones críticas de los miembros de FORJA, para descalificar la abstención alvearista, ya que una política abstencionista sin prepararse para la revolución carecía de sentido. La participación, que en el '31 hubiera resultado positiva, no lo es en el '35 cuando efectivamente sucede. Se ingresa al sistema resignado a ser minoría y asociado a los más escandalosos fraudes económicos.

Por último, hay en los textos de Ramos que estamos trabajando una cuestión central en la definición del estilo. Me refiero a la forma en que el autor se ubica frente al objeto narrado, y tomaré para esto dos marcas.

Una de ellas, que está presente en toda la obra y puede hacerse extensiva a otros autores que se ubican en la izquierda del abanico político, es una operación destinada a inscribir el texto en el debate interno de la izquierda. Ramos realiza esta operación desde dos frentes. En el primero, muy personal, establece permanentemente coordenadas de relación con la historia mundial y, dentro de ella, con los clivajes de interpretación del trotskismo y el stalinismo soviético. En el segundo, menos original ya que en Puiggrós esto es más acentuado aún, Ramos traslada el debate con el stalinismo a la versión local del Partido Comunista.

La década infame incluye la reacción terrorista nazi en los cuadros del capitalismo europeo y la reacción terrorista stalinista en el país de octubre. El desplazamiento hacia la derecha es irresistible en ese período.⁶⁹ La década fue infame en escala mundial.⁷⁰

⁶⁷ Ídem, pág. 493

⁶⁸ Ídem, pág. 493, nota 22.

⁶⁹ Ídem, pág. 451.

La década infame refleja en nuestro país una oleada reaccionaria que recorre el planeta entero..... Sólo quedaba la oligarquía con sus aliados "radicales" como Alvear, que a su vez contaba con otros aliados de "izquierda" como el stalinismo del frente popular. Cuando en las asambleas radicales los forjistas vitoreaban a Yrigoyen la claqué alvearista, apoyada por elementos stalinistas, gritaba "Alvear" y "Unidad"; así aplastaba a los radicales de Forja la resaca política de la época. Alvear y Stalin!⁷¹

La otra marca del estilo de Ramos, remite a una situación de época que está presente, con mayor o menor énfasis, en el grueso de los autores del campo político (y, vimos también, en Romero y Ciria en el campo académico). Me refiero a la nota personal que el autor deja en el texto, al involucramiento del narrador con lo narrado, a ese momento en que el ensayista deja paso al político que habla sin distancia de los acontecimientos. Esta marca, tan notable en Ramos como en Luna, se aprecia en todo su esplendor en el siguiente texto:

[la juventud] encontró su última gran esperanza internacional en el estallido de la frustrada revolución española. Vivíamos día a día las alternativas de la guerra civil. Madrid, Madrid, que bien tu nombre suena...; y la batalla de Teruel y el destino del ejército del Ebro; y la Barcelona proletaria y el cuartel de Atarazana; y Durruti con sus hombres de hierro; y los discursos de Andrés Nin antes de ser asesinado por la policía soviética; y el cretinismo republicano y los crímenes de los rusos en la retaguardia leal; y la semana de mayo de 1937, cuando los agentes de Stalin, entre los que se encontraba Codovilla, asesinan y encarcelan a miles de revolucionarios que no habían empuñado los fusiles para garantizar un buen trato a Rusia ni una República incolora a Negrín. Luego la derrota y el éxodo.⁷² Cuando nuestra generación advirtió que el triunfo de Franco, más que en los italianos y alemanes invasores que lo respaldan se había originado en la traición de los stalinistas y del Frente Popular burgués, cuando comprobamos que la coalición stalinista-republicana, de espaldas a las heroicas masas españolas había vendido la revolución a cambio de la simpatía anglofrancesa hacia Moscú, volvimos la mirada a nuestro país y constatamos que aquí también los stalinistas tenían su frente popular. También aquí estaban aliados a la oligarquía probritánica y se disponían a entregarnos como carne de cañón en la guerra imperialista que se aproximaba con fuerza irresistible. Pero ya estábamos en 1939 y una ola popular se engendraba en la entraña profunda del país. Cuando su torrente se precipitó en 1945 nuestro pueblo comprendió que la década infame había terminado.⁷³

Alejado de Peña y de Ramos, Puiggrós construye su lugar de enunciación desde una relación diferente con el peronismo. Miembro prominente del Partido Comunista, Puiggrós encabeza una de las primeras migraciones al peronismo desde esa fuerza, y sin abandonar el conjunto de recursos teóricos y argumentales provenientes del marxismo se dedica a construir una nueva zaga a partir de él y en busca del encuentro con el peronismo. A diferencia de Peña, Puiggrós ve en el peronismo como movimiento nacional una línea de superación positiva de la política de izquierda para los países periféricos. A diferencia de Ramos, Puiggrós habla desde

⁷⁰ Ídem, pág. 456.

⁷¹ Ídem, pág. 480.

⁷² Ídem, pág. 428

⁷³ Ídem, pág. 429.

adentro del peronismo y no ve lugar para la "izquierda nacional" sino desde el mismo *movimiento nacional*. Estas diferencias se expresarán también en las interpretaciones del pasado argentino. La *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, es seguramente la obra más "acabada" de Puiggrós y en la que podemos encontrar sus argumentaciones más significativas sobre nuestra temática. Inicialmente publicada en 1956, fue reelaborada profundamente por su autor una década después. Es esta versión definitiva la que aquí consideraremos.⁷⁴

La mirada de Puiggrós sobre los años treinta puede reconstruirse desde dos ángulos diferentes de análisis presentes en su obra. El primero de éstos es el más simple, porque está ordenado por el mismo autor en una parte de su obra que dedica puntualmente a la década deteniéndose particularmente en los casos más resonantes: el pacto Roca, el debate de las carnes, el monopolio del transporte, etc. En estos sucesivos temas, Puiggrós realiza una reconstrucción de detalle con una importante información -mucho de ella de primera mano-, y seguramente esas páginas resultaron confirmatorias, para un amplio abanico de lectores, de una imagen de la década ensombrecida por la corrupción que Puiggrós confirmaba esforzándose por alejarse del ensayo.

El otro ángulo, desde el cual puede reconstruirse la mirada de Puiggrós sobre la década del treinta, es más complejo porque obliga a desestructurar el texto. En esa operación podemos observar que en los años treinta de Puiggrós vienen a coincidir el conjunto de temas centrales de su obra. Se prolonga ahí su mirada sobre el yrigoyenismo, que hay que retomar para explicar la "capitulación" alvearista; la "democracia fraudulenta" imperante en la década remite a su reflexión de fondo sobre la cuestión de la democracia, y ésta a "las izquierdas y el problema nacional" y "el peronismo y sus causas"; todos estos temas a su vez atravesados por lo que para Puiggrós es prioritario no sólo para entender el peronismo sino también para la definición de un proyecto político viable en los sesenta: el rol del ejército.

Todavía, casi cuatro décadas después, señorean en la política argentina la mentalidad traumatizada por la toma militar del poder el 6 de septiembre de 1930... A partir de entonces, esa mentalidad siente que hay un gran vacío en el régimen institucional de nuestro país, y teme y se opone a que sea llenado con la sustancia de la democracia que golpea insistentemente desde abajo, en los movimientos populares... aun cuando aparecen dispersos y apagados por derrotas transitorias. [Esa mentalidad] quiere volver al pasado, a la democracia postiza... que fue desbaratada por la aparición de la plebe yrigoyenista en la escena política. Pero a cada restauración de la democracia postiza le sigue una conmoción mayor que la anterior y una conciencia más madura de la otra democracia, de la que rechaza modelos extraños y se busca a sí misma en las ambiciones de poder de las masas trabajadoras.⁷⁵

⁷⁴ Rodolfo Puiggrós: *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, tres tomos.

⁷⁵ Ídem, tomo 3, págs. 33-34.

Hay entonces dos democracias en pugna en la historia nacional, y hay también una línea ascendente que garantiza el triunfo de la democracia real. En esa línea ascendente las formas políticas que impulsan el proceso se encuentran en el movimiento nacional que une al yrigoyenismo con el peronismo.

Hay una vieja totalidad de los partidos incrustados en la democracia postiza -y por lo tanto, opuestos a los movimientos que nacen de la actividad de las masas populares- que dio sentido.....al contubernio manejado por los conservadores.⁷⁶

Y si la democracia postiza fue posible en los años treinta es también por la incapacidad del radicalismo para continuar representando al movimiento nacional.

*Al aceptar la fusión del City con Alvear y su grupo desprendido del radicalismo antiyrigoyenista los yrigoyenistas sufrieron un revés más grande que el 6 de septiembre de 1930. El golpe de Uriburu les quitó el gobierno, pero la incorporación del alvearismo al Comité nacional los envolvió en el juego de la oligarquía y el imperialismo. Alvear era la renuncia a la intransigencia y a la insurrección, el contubernio **latente** entre los radicales.⁷⁷*

No hay aquí mucho de novedoso podría decirse, en comparación con lo que hemos visto en los textos anteriores. Sin embargo, la interpretación de Puiggrós de la "caída" del radicalismo es diferente. No hay dos momentos para Alvear, como quiere Luna, el de la primera mitad de la década para el polo positivo de la tradición radical con un Alvear vigoroso que reunifica en su figura al partido para enfrentar al régimen con la abstención, y el de la segunda mitad de la década, viejo, desorientado, que naufraga con el partido. No hay tampoco explicaciones personalizadas, como en Ramos, para el que Yrigoyen carga permanentemente con la "sabiduría política", aun preso, aun cuando promociona a Alvear, aun cuando no logra que su promocionado haga lo que su sabiduría de caudillo le señala como conveniente. Puiggrós no ha abandonado del todo una mirada de "izquierda" del fenómeno yrigoyenista, y no parece considerar necesario abandonarla en tanto su planteo de movimiento nacional se presenta como una fase superadora de lo representado por el yrigoyenismo en su momento. Las debilidades y la crisis del radicalismo en la década del treinta no pueden explicarse, para Puiggrós, a contra mano de las debilidades que atraviesan al mismo yrigoyenismo cuando gobierna:

Alvear fue presidente en 1922 gracias a la "media palabra" de Yrigoyen. La conspiración antiyrigoyenista se inició en el ceno del gobierno de Alvear; su ministro de guerra el Gral. Agustín P. Justo, inspiró a la Logia militar precursora del levantamiento de 1930. En las elecciones de 1928, el presidente Alvear patrocinó el binomio Melo-Gallo en oposición a la fórmula Yrigoyen-Beiró...

Cómo se explica, pues, que al cabo de casi diez años de declarado enemigo del yrigoyenismo, Alvear asumiera el liderato del yrigoyenismo con el espaldarazo del propio Yrigoyen?Cuál fue la causa de esa reivindicación casi póstuma del Contubernio?

⁷⁶ Ídem, tomo 3, pág. 37.

⁷⁷ Ídem, tomo 3, pág. 53 -yo subrayo-

Esa inconsecuencia descubre en Yrigoyen el contenido de clase de su política. Descubre las vacilaciones que lo llevaron a aceptar la Ley Sáenz Peña en 1912 y el poder condicionado en 1916, tras lo cual intransigencia e insurrección se convirtieron en palabras vacías; que le hicieron respetar, en nombre de un concepto formal de la democracia, a la oligarquía abroquelada en el Congreso, en las situaciones provinciales... en sectores de las fuerzas armadas, en los grandes diarios; que lo convirtieron en instrumento de esa oligarquía en los momentos críticos (semana trágica, la Patagonia, Chaco); y que malograron las tendencias hacia una dictadura popular que acelerara el proceso de emancipación nacional y distribución social de la riqueza.

Había descubierto el poder creador y emancipador de las masas populares, pero lo temía y no vaciló en reprimirlo cuando excedió los límites de la legalidad establecida. Elevó a la función pública a hombres de abajo, a condición de que se amoldaran a la tabla de valores de la sociedad heredada.⁷⁸

Si la debilidad del radicalismo en los '30 es un problema estructural, Puiggrós elude la discusión sobre las diferentes coyunturas políticas que atraviesa el partido.

La abstención absoluta se convirtió, bajo la conducción alvearista en un cómodo medio de lavarse las manos o de tolerar con el silencio, la inoperancia o la complicidad, la entrega de la economía nacional, los negociados, las persecuciones a la clase obrera y la burla a la voluntad popular.⁷⁹

Pero, frente a esto, bien podríamos preguntarnos por los fundamentos de esa línea de continuidad del movimiento nacional. La respuesta para Puiggrós está en un lugar que remite a la diferenciación entre democracia real y formal. Las formas políticas remiten a la democracia formal, y en el mejor de los casos pueden ser un instrumento para la expresión de la autodeterminación de las masas populares -como el radicalismo en su momento-; pero también pueden vaciarse de sentido y transformarse en un elemento más de la partidocracia de la democracia formal:

Una larga y amplia perspectiva del proceso ascendente de la causa del pueblo, con sus ciclos de avances y retrocesos, los reveses de esa causa preparan su victoria final definitiva. El polifacético frente contubernista pretendió dar por muerto o inexistente ese determinismo, que no reside sólo en los hechos, sino también en la voluntad de poder y autodeterminación de las masas populares argentinas. Y presentó al derrocamiento de Yrigoyen como prueba indiscutible y para siempre del fracaso del proyecto nacional y popular que la figura idealizada del caudillo llevaba implícito.⁸⁰

Para Puiggrós entonces, el que Hipólito Yrigoyen fuera vencido el 6 de septiembre de 1930 es un sofisma. Junto a este sofisma que hiere los fundamentos de continuidad del movimiento nacional, a Puiggrós le interesa destacar otro de igual relevancia:

⁷⁸ Ídem, tomo 3, págs. 52-53.

⁷⁹ Ídem, tomo 3, pág. 56.

⁸⁰ Ídem, tomo 3, pág. 42.

*[El que presenta al golpe de 1930] como hecho exclusiva o fundamentalmente militar: el ejército derrocó y sustituyó al gobierno civil. La responsabilidad del primer paréntesis de nuestra historia constitucional... recaería por entero en las fuerzas armadas. Debido a la intrusión del Gral. Uriburu en la Casa Rosada, la Argentina habría quebrado su trayectoria democrático liberal e ingresado a una era de inestabilidad política. Tal es la imagen difundida de nuestra realidad posterior a 1930. Y también el pensamiento que yace en la conciencia atribulada y nostálgica de los políticos y de la *intelligentsia* de la derecha, el centro y la izquierda tradicionales.*

Aquella imagen destaca engañosamente la oposición relativa, formal y episódica entre el régimen civilista de los partidos y las fuerzas armadas, y hace desaparecer la principal y no superada contradicción, la existente entre ese régimen dominado por la mentalidad liberal-individualista, y la conciencia democrática totalizadora que madura en el pueblo.⁸¹

Con ambas operaciones, Puiggrós logra presentar todos los acontecimientos de la década del treinta, incluso el involucramiento de las fuerzas armadas en el poder y la alvearización del radicalismo, cuidando la coherencia de su argumentación de fondo. En su batallar elige sus enemigos en la discusión teórica precisamente en aquéllos cuyas argumentaciones pondrían en cuestión esa coherencia.

Hay en toda la obra un obvio distanciamiento de la historiografía tradicional; también una diferenciación más puntual de algunos de sus contemporáneos que pueden ser confundidos, por un lector no advertido, como compañeros de ruta.⁸² Pero no son estos distanciamientos en los que se demora Puiggrós en su texto; su preocupación fundamental está centrada en enfrentar a la *intelligentsia* promotora de esas imágenes que él viene a recusar. Y esa *intelligentsia* encarna fundamentalmente en dos actores: el partido Comunista y los representantes de la Sociología científica.

El enfrentamiento con el partido Comunista es parte de ese distanciamiento-diferenciación que ya señaláramos en Ramos. En Puiggrós por razones que rápidamente se descubren en su historia personal, esta diferenciación parece ser más necesaria, a pesar de que la capacidad de adjetivación de Ramos puede disimular esta situación. En Puiggrós el partido Comunista está siempre y en todas partes, tanto que logra desviar su texto sobredimensionando la presencia del partido en la historia argentina. Explícita o implícitamente la discusión con su vieja "familia" atraviesa todo el texto, no sólo cuando el partido Comunista aparece como un actor de la política argentina, sino en las imágenes de la historia argentina que el partido Comunista ha contribuido a internalizar en el sentido común de los argentinos. De esas imágenes, la del militarismo como la causa fundamental de los problemas nacionales contemporáneos es, sin duda, la que más le preocupa y a la que más páginas dedica para discutir.

Si en su distanciamiento de la izquierda ortodoxa Puiggrós no resulta demasiado original, tampoco podría juzgarse como novedoso su enfrentamiento con el sector de la sociología

⁸¹ Ídem, tomo 3, pág. 34.

⁸² Es el caso de Ramos, por ejemplo, a cuya revisión de los significados del roquismo Puiggrós se preocupa por desautorizar.

académica, que bajo el liderazgo de Germani ha levantado una nueva escuela poniendo el acento en el rigor metodológico y en claves analíticas que reconocen su patrón en la sociología norteamericana. En realidad este enfrentamiento está en la naturaleza de las cosas de dos campos de producción intelectual con dispositivos de legitimidad diferentes, y, por lo tanto, Puiggrós no es el único de los autores considerados desde el campo político que critica al cientificismo académico. La originalidad de nuestro autor recae en la atención que presta en sus textos a esta discusión, lo que podría estar indicándonos que Puiggrós no reniega de ese otro lugar para el que considera que puede ofrecer una alternativa mejor a aquella que viene a discutir.

Nada casualmente elige para este último proceso de distanciamiento y diferenciación ese tema que tanto le preocupa, el del poder militar.

*Los tipólogos norteamericanos y europeos que se ocupan de la problemática de Iberoamérica y los iberoamericanos que siguen sus pasos, construyen en sus laboratorios uno o varios modelos, que no por casualidad son la idealización de las sociedades capitalistas adelantadas, y al cotejar con aquellos a nuestros países, deducen que estos pertenecen a la "patología social". El síntoma de la enfermedad iberoamericana que más los alarma es "la aplicación desvergonzada del poder armado a la solución de problemas cívicos."*⁸³

La cita a la que recurre Puiggrós direccionaliza claramente su crítica. Se trata de un texto de Gino Germani y Kalman Silvert, *Estructura social e intervención militar en América Latina*. Germani, ya lo hemos dicho, es una de las principales figuras de la renovación que vive la universidad argentina, y ese texto que produjera con Silvert será parte de una obra colectiva, *Argentina sociedad de masas*, que reúne un conjunto de trabajos con los que Puiggrós podía encontrar con facilidad iguales motivos de cuestionamiento que los que encontraba en el de Germani y Silvert.⁸⁴

Para Puiggrós, no hay nada nuevo en lo que desde la universidad se presenta como tan innovador.

*Lo único novedoso de la censura de los tipólogos a la "intromisión militar en la estructura del poder político" está en el estilo tecnológico que finge profundidad de pensamiento. No agregan nada Germani y Silvert a lo que vienen diciendo, desde el siglo pasado, los autores positivistas y liberales, y el análisis sociológico brilla por su ausencia, sustituido por la superficial e infundada "descripción taquigráfica" de una serie de etapas sucesivas.*⁸⁵
*Una sociología como la tipológica, que se inspira en la teoría platónica de las ideas (modelos) anteriores a las cosas, carece de aptitud para comprender la relación histórico-dialéctica entre el poder civil y el poder militar.*⁸⁶

⁸³ Rodolfo Puiggrós, op. cit., tomo 3, pág. 373.

⁸⁴ Torcuato Di Tella et al: *Argentina sociedad de masas*, Eudeba, Buenos Aires, 1965. Obra que tendrá un fuerte impacto -junto a otras afines-, incluso más allá de la comunidad académica, por la agresiva política editorial que Eudeba y otras editoriales privadas llevaban adelante por entonces.

⁸⁵ Rodolfo Puiggrós, op. cit., tomo 3, pág. 374.

⁸⁶ Ídem, tomo 3, pág. 378.

Esta relación histórico-dialéctica exige, para Puiggrós, la necesidad de determinar las características de cada una de las intervenciones militares y no definir a éstas apriorísticamente:

Los golpes militares de 1930 y 1943 coincidieron en la tendencia a apartarse inicialmente de los modelos liberales, pero se diferenciaron en que el primero desembocó en la restitución del poder al liberalismo agroexportador, mientras que dentro del segundo se generó un nucleamiento cívico-militar que ganó la voluntad de las masas trabajadoras, en oposición a la partidocracia existente, y se dio un programa de nacionalizaciones, planificación económica y justicia social, cuya ejecución fue limitada por la continuidad de la estructura político-social del pasado y, por último, frustrada en 1955 por la conspiración cívico-militar montada por el liberalismo y los centros imperialistas. Por consiguiente, las relaciones entre los poderes militar y civil dependen del lugar que ocupe cada uno de ellos en pro o en contra del nacionalismo económico, del lado de las masas trabajadoras o junto al liberalismo partidócrata, por un nuevo y superior orden social o por la defensa del coloniaje. Además, la composición ideológica de clase de las fuerzas armadas refleja las contradicciones sociales, siendo frecuentes los virajes de orientación de los mandos (por ejemplo: nacionalismo en 1945 y liberales en noviembre de 1955) y la heterogeneidad e inestabilidad ideológica y política del civilismo, en su conjunto, hace indispensable renovar los análisis y descubrir las nuevas formas de expresión y sus matices de las corrientes nacionalistas y liberales.⁸⁷

No están aquí resumidos claramente los ejes temáticos que constituirán la agenda del "encuentro" entre nacionalismo e izquierda en el fenómeno de movilización social que gana a la sociedad argentina desde 1969, hasta fundirse en una nueva experiencia peronista (73-76), y del que Puiggrós es uno de sus teóricos más relevantes?

Es esa pasión por influenciar directamente en los acontecimientos, compartida con Peña, con Ramos, con Luna y, aunque de diferente manera, también con los autores que cuentan con el paraguas académico, lo que impulsa a Puiggrós al análisis del pasado:

En las páginas que siguen se analiza el desarrollo de la sociedad argentina a través de sus contradicciones internas, no como un proceso intelectual, sino en función de una realidad cambiante que desemboca en las grandes y trascendentales transformaciones que se preparan en medio de la descomposición del viejo orden en agonía. Aspiramos a proporcionar al lector las premisas de un programa nacional de cambios sociales, dictado por las contradicciones del proceso concreto, programa que a comienzos de la segunda mitad del siglo XX tiene que inspirarse (para no caer en la mezquindad de lo inmediato) en la ambición del hombre que conquista los espacios, arranca a la naturaleza sus íntimos secretos y descubre las leyes objetivas rectoras de la comunidad en que vive.⁸⁸

Es esa pasión, que signó a los años sesenta, lo que impulsa a todos los autores de nuestro recorrido a *tropezar* -con el joven Ciria- a cada rato con nuestro pasado.

⁸⁷ Ídem, tomo 3. págs. 382-383. Nótese que Puiggrós habla de noviembre y no de septiembre del 55, dejando al margen a Lonardi.

⁸⁸ Ídem, tomo 1, págs. 51-52.